

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Sentencia aplazada

Los que consideran que la vida ajena no tiene valor, manipulan a otras personas como si fuesen una simple mercancía a su disposición para conseguir sus criminales propósitos. Ya es despreciable ser un traidor, pero ser un manipulador de vidas ajenas y un asesino es sencillamente intolerable, y por tanto hay que proceder a la ejecución del culpable, sea quien sea… y por mucho tiempo que se tarde en realizar dicha ejecución. En esta ocasión, a Brigitte le resulta arduo y muy arriesgado llegar hasta el astuto y siniestro criminal de turno, pero como os podéis imaginar finalmente lleva a cabo la sentencia aplazada.



Lou Carrigan

Sentencia aplazada

Brigitte en acción - 477

ePub r1.1
Titivillus 29.01.2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo primero

De maravilla.

Hay veces en que se vive de maravilla.

Y esto está muy mal, porque no se tendría que vivir de maravilla sólo a veces, sino siempre, absolutamente siempre. Porque, vamos a ver: ¿acaso la vida no es para vivirla, es decir, para gozarla? Y no sólo a ratos, no sólo a veces, sino siempre.

De esto estaba más que convencida la señorita Montfort hacía mucho, mucho tiempo, pero, claro, en ocasiones las circunstancies impiden que una persona pueda gozar de la vida. Así que hay que aprovechar las ocasiones en que sí se puede.

Por ejemplo, aquella mañana de luminoso azul de sol y mar, la señorita Montfort lo estaba pasando de maravilla. ¿No era triste que con tanta frecuencia se produjeran circunstancias que impidieren a las personas gozar de la vida? Porque, por ejemplo: ¿cómo se está mejor, tomando el sol en un yate que navega por el Mediterráneo…, o matando gente en una guerra o en acciones de espionaje? Tomando el sol, ¿no es cierto? Entonces… ¿por qué malditos demonios la gente no se dedica de una vez a tomar el sol en lugar de dedicarse a andar por ahí fastidiando al prójimo y a sí misma?

Hay que ser bestia para esto, ¿verdad? Pues todavía se insiste en ello, todavía hay guerras, guerritas y porquerías que, en ocasiones, son incluso peor que las guerras…

—No tengo por qué amargarme la vida ahora —dijo en voz alta Brigitte Montfort.

—¿Decía usted algo? —inquirió el hombre que estaba cerca de ella.

Brigitte Baby Montfort, la espía más linda y peligrosa del mundo, abrió los ojos, se sentó sobre la colchoneta extendida en la cubierta del espléndido yate, y se quedó mirando sonriente al hombre en cuestión. Debía de tener unos treinta años, era rubio,

atlético, y tenía cara de mala uva. Además de eso, junto a la extensible en la que se hallaba sentado había una caja de aspecto inofensivo pero que contenía una metralleta y algunas granadas de mano; todo muy discretamente oculto, eso sí.

—Decía que no tengo por qué amargarme la vida.

—Ah. Eso es cierto.

La divina espía se echó a reír. Más allá, había otro hombre muy parecido a su interlocutor, por supuesto con diverso armamento a su alcance. Y más allá todavía había otro. Dentro del yate, dos más, descansando. Y otros dos que atendían la navegación, claro está. O sea, en total siete fieras de la CIA metidas en el yate en el que viajaba la agente Baby. Siete fieras custodiando a la niña mimada de la CIA. Ciertamente, quien tuviese la menor intención de lastimar a la señorita Montfort lo tenía más que difícil. En realidad, intentar algo contra la agente Baby en aquellas circunstancias habría sido jugarse la vida estúpidamente.

—Hace mucho calor —dijo—… ¿Qué tal si nos refrescamos un poco?

—No pretenderá bañarse ahora… ¡Estamos a más de cincuenta millas de la costa!

—¿Y qué? No hay tiburones en el Mediterráneo, que yo sepa.

—Eso nunca se sabe.

—Es cierto —suspiró la divina—… De todos modos, yo me refería a beber algo fresco.

—¿Quiere que vaya a buscarle una copa de champán?

—Si es usted tan amable, Simón…

—¡No faltaría más!

El atlético agente de la CIA se puso en pie, y desapareció en el interior del yate. La brisa era deliciosa. El cielo no podía ser más azul. Refulgía como una piedra preciosa iluminada por el sol. Brigitte suspiró. Estaba completamente desnuda sobre la colchoneta, tomando el sol, sin nada que pudiera inquietarla.

De maravilla.

Hay veces que se vive de maravilla.

En cambio, otras veces, uno se la juega…, y a veces la pierde. Hasta entonces, la agente Baby había salido con bien de todas las trifulcas de espionaje en las que se había metido. Y que no habían sido pocas ni sencillas, ciertamente. Hacía falta temple, inteligencia

y suerte para seguir con vida después de tantas y tantas estremecedoras aventuras.

Los Simones que la tenían al alcance de la vista la contemplaban sonrientes. Los muy sinvergüenzas se estaban recreando contemplando en toda su desnudez el espléndido cuerpo de la espía, y no se recataban de ello. Ella era bellísima, ellos tenían buen gusto, y por tanto la miraban, remiraban y admiraban.

¿Acaso no es mejor contemplar a una bellísima mujer desnuda que andar por ahí fastidiando al prójimo? Pues eso.

El Simón que había ido en busca del champán reapareció portando una bandeja en la que había un cubo de plata con una botella de Dom Perignon en su interior, sumergida en hielo picado. La copa estaba sobre el hielo, enfriándose.

—¿Por qué ha traído sólo una copa? —protestó Brigitte—. Ya sabe que me gusta que mis Simones tengan lo mismo que yo.

—Nosotros no estamos aquí para beber, sino para conservar la cabeza y la vista claras hasta que nos aseguremos de que todo va bien para usted.

La espía suspiró. Ellos tenían razón, mas… ¿qué podía ocurrir? Ella había acudido a la insólita cita, pero, ciertamente, con todas las precauciones.

Es más, la cita se había realizado conforme a sus condiciones, no a la de los rusos. Porque una cosa es ser amable con los colegas de todos los países y otra cosa es cometer absurdas imprudencias. Aunque aquellos rusos que la habían citado no eran propiamente colegas, es decir, no eran espías, sino gente de la política rusa. Chocante e inquietante: tres políticos rusos escriben a la CIA muy secretamente solicitando una entrevista privadísima y secretísima con la agente Baby. Y la CIA, como siempre, avisa a la señorita Montfort: los señores Fulano, Mengano y Zutano, políticos rusos residentes en Moscú, solicitan una entrevista con usted. ¿Desea aceptar?

Y ella había aceptado. Pero con sus condiciones y a su manera, claro está. Los rusos tenían dos opciones muy simples: aceptar sus condiciones o no conseguir la entrevista. La opción que habían elegido era la más consecuente: habían aceptado las condiciones impuestas por Baby para la entrevista, es decir, ser recogidos en determinado sitio de la costa del sur de Francia y llevados adonde

ella los estaría esperando…

Bebió un sorbo de champán, y suspiró de nuevo, exclamando a continuación:

—¡Zambomba, qué bueno está!

Los agentes de la CIA rieron. Era estupendo lo que les estaba ocurriendo a aquellos muchachos del Grupo de Acción: todo un día de navegar en un yate de lujo, en compañía de Baby sin más trabajo que hacer que complacerla en todo y contemplarla en toda su belleza mientras tomaba el sol.

De maravilla.

Hay veces en que se vive de maravilla. Brigitte estaba terminando la copa de champán cuando comenzó a oír el rumor del helicóptero acercándose. Casi enseguida lo oyeron los Simones, y todos miraron hacia donde sabían que se hallaba la costa, cincuenta y tantas millas más allá. El sol comenzó a reflejarse con cegadores destellos en el helicóptero cuyo sonido se iba oyendo más y más fuerte.

Muy pronto pudieron distinguir el aparato. Entonces, la señorita Montfort se puso en pie, se calzó las sandalias de paja, y se encaminó hacia el interior del yate. Tras ella, portando la bandeja con el champán, fue el atlético Simón. Dentro del yate, Brigitte se puso un albornoz azul, una peluca rubia, y una graciosa máscara de reminiscencias carnavalescas que ocultaba la mitad superior de su rostro, dejando visible desde el labio inferior hacia abajo. Dos adecuados orificios ante los ojos permitían ver el brillo de éstos al fondo de la máscara.

—Vaya un fastidio, con el calor que hace —comentó Brigitte.

—No se queje —sonrió Simón—, que bien claro se ha visto que a usted le gusta el sol más que nada.

—Sí, pero una cosa es el sol y otra el calor. Quiero decir que una cosa es tomar el sol por gusto y otra es pasar calor tontamente… ¡Y resulta que lo hago para complacer a unos tipejos rusos!

—Si quiere, los tiramos al mar, y así usted no tendría que preocuparse por nada.

—Escuchemos primero qué tienen que decirnos —rió la divina.

Se sirvió ella misma un poco más de champán. El helicóptero estaba ya muy cerca. Finalmente, su ruido llegó ensordecedor al saloncito del yate, que bandeó cuando el aparato volador se posó en

la cubierta despejada para el caso. Cesaron todos los ruidos. El yate seguía navegando, poderoso, majestuoso. Por las portillas circulares se veía el cielo del Mediterráneo.

Se oyeron pisadas, y apareció uno de los Simones que formaban parte del grupo del yate. Miró a Brigitte y señaló hacia arriba.

—Están ahí, y no llevan armas. Nuestro compañero asegura que en ningún momento han ocasionado problemas, que estaban puntuales donde debía recogerlos, y que no han protestado por nada en ningún momento. Están como asustados.

—Tráigalos aquí. Y que Simón-Helicóptero entre a tomar algo fresco.

—*Okay*.

Simón regresó a cubierta. Reapareció a los pocos segundos, seguido por los tres personajes rusos y por Simón-Helicóptero, hacia el cual tendió Brigitte la copa de champán que acababa de llenar. El espía sonrió, se acercó prestamente, y tomó la copa. Le guiñó un ojo a Brigitte. Ella hizo con los labios un gesto como de besarlo, y luego dedicó su plena atención a los tres visitantes, que permanecían de pie en el centro del salón. Detrás de ellos habían bajado los otros dos Simones-Guardaespaldas, cada uno sosteniendo una metralleta. Brigitte frunció el ceño, pero decidió olvidar la cuestión.

—No es que me guste el teatro —dijo, dirigiéndose a los tres rusos—, pero prefiero que ustedes no vean mi rostro. Bien, mi Directorio me facilitó los nombres de ustedes, asegurándome que constan en el personal político interior de la madrecita Rusia, pero no he conseguido ninguna fotografía, de modo que sean tan amables de alzar una mano a medida que los vaya nombrando; Igor Utchenko… Yuri Kavarian… Sergei Nobolenko… Gracias. Siéntense, por favor.

Los tres hombres se sentaron. Todos tenían alrededor de cincuenta años. Uno de ellos era bastante calvo y tenía los ojos azules: Sergei Nobolenko. Su opuesto en aspecto era Igor Utchenko, que tenía mucho cabello y se dejaba la barba, y sus ojos eran negrísimos. Yuri Kavarian era desusadamente gordo, y muy vulgar por lo demás, de facciones regulares, ojos castaños y barbilla graciosamente redonda. Los tres vestían con suma corrección…, por lo que, en aquel ambiente y a pleno sol, no debían de estar pasándolo nada bien. Y no estaban propiamente asustados, pensó la

divina espía, sino amedrentados…, impresionados. No todos los días un ruso es recibido por la agente Baby en un yate de lujo que navega por el Mediterráneo.

—Pueden quitarse la chaqueta, si lo desean —ofreció Brigitte.

Ninguno de ellos lo hizo. La espía americana los contemplaba sin desconfianza, y, todo sea dicho, sin demasiado interés, aunque comprendía que si aquellos tres rusos habían dado aquel paso la cuestión debía de ser muy importante…, al menos, para ellos.

—Muy bien —murmuró la espía—, ustedes dirán.

Los tres hombres cambiaron miradas entre sí. Por fin, Nobolenko murmuró:

—Queremos rogarle que mate a un hombre. A un ruso. Su nombre es Alexander Guriov.

Tras la máscara veneciana Brigitte notó el leve tirón de sus músculos faciales expresando sorpresa. Una sorpresa lógica, que los rusos no pudieron captar.

—¿Alexander Guriov? —murmuró—. ¿El hombre de la KGB?

—Sí.

—De acuerdo. Díganme dónde está e iré a matarlo inmediatamente.

—Gracias. Queremos explicarle…

—No hace falta que se molesten —cortó duramente la espía americana—… Para matar a Alexander Guriov no necesito explicaciones ajenas, tengo las mías propias: sé desde hace años que es uno de los agentes más crueles y asesinos de la KGB. Lo mataré con mucho gusto… Aunque no niego que me gustaría saber qué motivos les impulsan a ustedes para hacerme esta petición.

—Sabemos que Alexander Guriov pretende pasarse a la CIA.

Todos los norteamericanos presentes quedaron pasmados contemplando a los rusos. Aquella sí que era una buena: un agente ruso pretende pasarse a la CIA y tres rusos van a pedirle a Baby que mate a dicho agente. Y no un agente ruso cualquiera, ni mucho menos, sino nada menos que Alexander Guriov, uno de los jefes más retorcidos de la KGB.

Nada más de pensar en las cosas que Guriov podía contar a la CIA sobre la KGB ponía los pelos de punta.

—A mí me gustan las cosas con lógica —dijo Brigitte—, y estoy segura de que ustedes así lo entienden. Veamos: lo lógico, en este

caso, sería que yo me privara de darme el gusto personal de matar a esa hiena del espionaje a cambio de lo mucho que él podría decirnos a los de la CIA sobre los entresijos de la KGB. ¿Están de acuerdo en esto?

—Por supuesto.

—Sin embargo, ustedes han pensado que las… circunstancias me impulsarán a aceptar dar muerte a Alexander Guriov aun a costa de privar a la CIA de la muchísima información interesantísima que el señor Guriov podría aportar a nuestro organismo. Es decir, que parecen estar seguros de que yo preferiré matar a Guriov antes que permitirle entrar en negociaciones con la CIA.

—Sí, eso pensamos. Eso creemos.

—¿Por qué?

—Usted es la clase de persona que no permitirá que Guriov logre su objetivo en unos momentos como los presentes. Nosotros estamos plenamente convencidos de ello…, a menos que no sea usted como su fama dice que es: una espía antibélica por encima de todo.

—Soy así. ¿Cuál es el objetivo de Guriov? ¿Tal vez provocar o intentar ocasionar algún enfrentamiento armado entre Estados Unidos y Rusia, o entre otros países…?

—No… No pretende nada de eso, por el momento…, aunque suponemos que es porque no puede. Pero sí puede conseguir un objetivo muy concreto que sin duda merecerá la desaprobación de usted…, como ya ha merecido la nuestra.

—¿Cuál es ese objetivo?

—Deteriorar completamente las actuales buenas relaciones en auge entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América. Alexander Guriov pretenderá que los esfuerzos de las diplomacias rusa y americana, y los de los señores Reagan y Gorbachov, se hundan en un estrepitoso fracaso… Si Alexander Guriov consigue su objetivo es muy posible que entre Rusia y los Estados Unidos se produzca una tensión que podría hacernos retroceder treinta años… con todas sus consecuencias.

—No me gustaría nada que eso ocurriera —murmuró Brigitte—… ¿Cómo podría conseguir Guriov semejante cosa? ¿Informando a la CIA de algunos secretillos rusos?

—Sí.

—¿Qué secretillos?

—Bueno, no es muy agradable para nosotros hablar de esto, pero naturalmente si le hemos rogado que nos ayude no vamos ahora a ocultarle todos los datos que usted desee conocer… ¿Conoce a unos colegas nuestros llamados Nikita Senimof y Ciril Nikov?

—Sí… Es decir, no los conozco personalmente, pero recuerdo sus nombres relacionados con la alta estrategia política de la Unión Soviética. ¿O los estoy confundiendo…?

—No, no. Esos son los hombres de los que yo le hablo. Pues bien, hace unos días fueron asesinados por Alexander Guriov, el cual les robó ciertos borradores de una… documentación que jamás se llegó a utilizar.

—Y esa documentación es la que Guriov piensa entregar a la CIA como una inicial muestra de sus buenos deseos de integrarse en el espionaje y la vida americana.

—Efectivamente. Es claro que Alexander Guriov, además de esa documentación, dispone de muchísima información que no dudamos merecerá el interés de la CIA, pero todo eso no nos preocupa, no tiene una importancia vital… Digamos que son cosas que entran dentro de la… normalidad del espionaje. Lo que nos preocupa grandemente es que esa documentación robada por Guriov a los dos políticos que asesinó llegue a manos del señor Reagan, pues éste podría… enfadarse mucho, y con razón. En cuyo caso, todo el terreno que llevamos ganado en la nueva era de relaciones ruso americanas lo perderíamos.

—Ya he entendido eso muy bien. ¿Puedo saber de una vez cuál es el contenido de esa documentación?

Los tres rusos se miraron entre sí. Luego, miraron a los agentes de la CIA que asistían a la entrevista, y finalmente a la espía americana. Ésta frunció el ceño, y los tres rusos comprendieron: los muchachos de la CIA no serían requeridos para que dejaran solos a los tres rusos y a Baby Permanecerían allí, o bien la entrevista había terminado.

—Digamos —prosiguió el portavoz de los rusos— que el señor Gorbachov y nuestros colegas diplomáticos Nikita Senimof y Ciril Nikov sostuvieron algunas reuniones secretas durante las cuales, entre los tres, fraguaron algunos… pequeños planes de… estrategia

profunda.

—Estrategia profunda —repitió Brigitte, como admirada—… ¿Qué significa eso exactamente?

—Bueno, más o menos es algo así como… insertar en un documento mentiras y trampas de redacción y de significado en compromisos de alto nivel.

—¿Quiere usted decir que el señor Gorbachov y esos dos asesores suyos estuvieron buscando el modo de engañar al presidente de los Estados Unidos y todo su equipo de asesores mediante la firma de tratados o acuerdos… con trampa?

Kavarian, Utchenko y Nobolenko permanecieron en silencio, mirando como asustados a la espía americana, de cuyo rostro sólo podían ver el brillo de los ojos y la barbilla, por cierto muy peculiar, con aquel hoyuelo vertical tan encantador.

—Maldita sea —habló de nuevo Brigitte—… ¿Es eso? ¿El señor Gorbachov pretendió tender una trampa documental al señor Reagan?

—Bubueno, fue… fue sólo una idea… que… que fue pronto desechada.

—¿Que fue pronto desechada? —Casi gritó la divina—. ¡Maldita sea, ustedes no la desecharon, simplemente no la llevaron adelante por temor a que los asesores del señor Reagan la descubrieran, como seguramente habría ocurrido!

—No crea usted que les habría resultado fácil —murmuró Nobolenko.

—¡Pero esto es una asquerosidad…! ¡Estamos tratando de arreglar un poco el mundo y ahora me salen con semejante porquería!

—Ya le decimos que fue desechada esa idea…

—¡Al demonio con ustedes y con el señor Gorbachov! ¡Esa idea ni siquiera tuvo que ser concebida! ¡Me dan ganas de sacarlos a ustedes de mi yate a puntapiés!

—Nosotros sólo intervinimos en ello como asesores —dijo tímidamente Utchenko— y ahora lo que estamos tratando de hacer es evitar que se estropee lo mucho que se ha conseguido hasta el momento. Ciertamente, el señor Reagan tendría todo el derecho y todos los motivos del mundo para enfadarse si llegaba a leer ese borrador de documentos que estuvieron preparando entre el señor

Gorbachov y los otros dos… Se nos ocurrió que en usted sí podíamos confiar.

—¿Qué quiere decir?

—¿Usted cree que, tal como están las cosas de bien en estos momentos, vale la pena que esos documentos lleguen a manos del señor Reagan?

—No, no lo creo. Pero esto es una postura personal mía. Creo que el señor Reagan sí querría leerlos.

—Pero entonces, todo se perdería, retrocederíamos treinta años… Tenga en cuenta que el señor Gorbachov desistió de esos planes de… estrategia profunda, y que ahora está actuando lealmente. ¿Vale la pena perderlo todo por una… simple anécdota documental? ¿Vale la pena que Estados Unidos y Rusia vuelvan a los años sesenta sólo porque Alexander Guriov ha decidido enriquecerse traicionando a Rusia y asesinando a dos personas para robarles unos borradores que desea vender a la CIA? ¿Vale la pena?

—No —dijo secamente Brigitte.

—Entonces, por favor, vaya en busca de Alexander Guriov, mátelo y recupere y destruya esos documentos.

—¿No se les ha ocurrido enviar a uno de sus muchachos de la KGB?

—Ya le he dicho que sólo queremos confiar en usted. Si Guriov cometió traición y asesinato por simple codicia… ¿quién nos asegura que el hombre de la KGB que nos recomendaran no haría lo mismo? No podemos estar seguros de la honestidad de los hombres de la KGB, y en cambio sí estamos seguros de la honestidad de la agente Baby.

—Ya. Son ustedes muy listos, ¿eh?

Utchenko sonrió simpáticamente, por primera vez.

—Sí, lo somos. Estuvimos pensando en el modo de resolver este apuro, se hizo el comentario de que si tuviésemos una Baby en la KGB podríamos considerar resuelto el asunto, y entonces, inevitable, surgió la idea: ¿por qué no solicitar la colaboración de la agente Baby de la CIA? Y aquí estamos.

Pese a todo, la espía americana también terminó por sonreír.

—Está bien —aceptó la situación—… ¿Dónde puedo encontrar a Guriov?

—Ah, eso no lo sabemos nosotros con seguridad, pero… lo

sospechamos yo diría que con bastante aproximación, porque sabemos que Vladimir Strogof ha ido para allá.

—¿Quién es Vladimir Strogof?

—Un colega de usted, de la KGB. Uno de los… grandes del espionaje soviético. Creemos que ha sido enviado allá para rastrear a Guriov, pero nosotros no queremos que sea Strogof quien lo encuentre, sino usted.

—Ya, ya. Es decir, que ustedes saben… o creen que Guriov estará en determinado sitio sólo porque hacia ese sitio ha partido el agente de la KGB Vladimir Strogof. Está bien. ¿Qué sitio es ese?

—El balneario Le Soleil, entre Niza y Mónaco, cerca de una pequeña localidad llamada Beaulieusur-Mer. Strogof ya está allí, y nos tememos que están allí algunos agentes de la CIA esperando a Alexander Guriov.

—Es decir, que tendré que quitarles de las manos a mis propios compañeros de la CIA una buena presa que se les ha ofrecido voluntariamente.

—Así están las cosas. En cualquier caso, esperamos de usted que haga lo más conveniente para todos. Lo dejamos todo en sus manos.

—Está bien. ¿Han traído alguna fotografía de Guriov?

—¿De Guriov? ¡Claro que no! ¡Nosotros no tenemos acceso a esa clase de material, somos políticos, no espías…! Y no olvide que estamos actuando digamos… al margen de todo. Además, tenemos entendido que no es fácil conseguir ninguna clase de material que identifique a Guriov. Sin embargo…

—¿Sí? —se interesó Brigitte.

—Sabemos que hace tiempo, en ocasiones especiales, tenía predilección por utilizar el nombre de Andrei Kolnov. No creemos que sea tan loco como para utilizarlo en esta ocasión, pero es todo lo que podemos decirle.

—Ya. ¿Y mi colega Vladimir Strogof?

—Tampoco tenemos fotos de él, claro está. Y si utiliza otro nombre le aseguro que al respecto no tenemos la menor idea.

—No se puede decir que me estén facilitando mucho las cosas, ¿verdad?

—Estamos haciendo lo mejor que se nos ha ocurrido y del mejor modo que podemos. Ya nos damos cuenta de que le hemos planteado un buen dilema, pero… no tenemos duda de que lo

resolverá.

—Son ustedes muy amables.

—Evidentemente, todavía lo es más usted, puesto que entendemos que acepta hacerse cargo del asunto.

—En efecto.

Los tres rusos suspiraron con evidente alivio. Utchenko comenzó a ponerse en pie…

—¿Qué hace usted? —inquirió rápidamente Brigitte.

—Pues me dispongo a despedirme y regresar con el helicóptero a… ¿No?

—Están invitados.

—¿Invitados? ¿A qué?

—A permanecer en este yate hasta mi regreso. Seré yo quien tome el helicóptero para trasladarme a Niza y de allí a Beaulieusur-Mer. Hasta mi regreso, ustedes estarán aquí divinamente, tomando el sol, bebiendo buen champán, descansando… Hay veces en que se vive de maravilla, y a ustedes se les ha presentado esta ocasión. Aprovéchenla. Pero les diré una cosa, caballeros: si a mí me ocurre algo en el balneario Le Soleil lo mejor que pueden hacer ustedes es suicidarse, porque si mis Simones se dedican a ustedes lamentarán haber nacido… y haber preparado una trampa a la agente Baby. Les deseo unas felices vacaciones.

Capítulo II

—Marietta von Krupp —dijo la encantadora rubia—. Pero no se moleste en buscar mi nombre en sus reservas, púes no la hice.

El conserje mostró una expresión sinceramente desolada.

—¿No efectuó usted su reserva antes de venir, señorita von Krupp? En ese caso, créame que lo siento, pero no podremos alojarla en Le Soleil.

—¿Qué tiene usted contra mí? —inquirió ella.

El conserje quedó pasmado. ¿Qué tenía él contra aquella belleza rubia llegada de Alemania? Nada en absoluto. Por el contrario, le parecía verdaderamente encantadora, hablaba el francés de un modo delicioso, era elegante, y tenía auténtica clase, cosa de la cual el conserje del balneario Le Soleil entendía muchísimo, después de más de treinta años de profesión hotelera.

—Nada en absoluto, señorita —aseguró—. Créame que me encantaría alojarla, pero todas las habitación del balneario están reservadas hace tiempo, y si no es usted una de las personas que tomó esa precaución…

—Vamos, que lo que usted quiere es que duerma en la playa.

—De ninguna manera. Hay buenos hoteles en Beaulieusur-Mer, y con gusto la llevaremos a cualquiera de ellos en uno de nuestros coches si usted…

—No quiero un hotel —cortó con tono cada vez mis irritado la rubia señorita von Krupp—… Cuando quiera un hotel iré a un hotel. Le aseguro que sé cómo ir a un hotel. Pero yo no quiero ir a un hotel, quiero quedarme en el balneario Le Soleil.

—Lo lamento, pero es imposible.

—¿Quiere usted que le arme aquí un cisco de mil demonios?

—¿Un qué?

—Un jaleo, un lío, un follón, una trifulca, un escándalo… ¿Quiere que le forme un escándalo que tendrán que hacer venir a

los gendarmes de París?

—Por supuesto que no —palideció el hombre.

—Mire, voy a decirle la verdad… Estaba harta de las brumas del norte, estaba harta de mi jefe, del trabajo, de la esposa de mi jefe, de los compañeros de mi jefe, y de todo lo relacionado con mi jefe, su trabajo, su esposa, sus amigos…, e incluso estaba harta de mis propios amigos. De modo que me dije: pues ahora me voy al sur de Francia, me alojo en uno de sus encantadores y tranquilos BALNEARIOS, y me paso allá unos días hasta tranquilizarme, tomando el sol y recuperando la salud con aguas termales y una buena alimentación. ¿Me ha comprendido usted, señor?

El conserje miraba con los ojos muy abiertos a *fraulein* von Krupp, cuya actitud no podía ser más decidida… e incluso agresiva. Ella había llegado al balneario Le Soleil con sus dos maletas y su maletín en un taxi tomado en el aeropuerto de Niza, y ahora, simplemente, quería instalarse en Le Soleil. Era así de simple.

—¿Me disculpa un momento? —pidió por fin el conserje.

—Si no es más que un momento, le disculpo.

Algunas de las personas que presenciaban y, por supuesto, escuchaban la escena, sonrieron. Es claro, también a ellos les caía bien la encantadora señorita von Krupp, tan alta, tan esbelta, tan elegante, tan simpática, con aquellos inmensos ojos verdes y aquel gesto resuelto en su bello rostro en el que destacaba el hoyuelo vertical en la barbilla…

El conserje salió de detrás del mostrador de recepción, y se encaminó hacia el fondo del vestíbulo, desapareciendo por un pasillo. La señorita von Krupp suspiró, encendió un cigarrillo, y se acercó al ventanal al otro lado del cual se divisaba la playa, llena de sol. El mar y el cielo eran de un azul tan intenso que parecían pintados. Algunas personas tomaban apaciblemente el sol, tendidas sobre grandes toallas o instaladas en confortables sillas extensibles con la lona listada en negro y amarillo. Había bastantes pinos que casi llegaban a la orilla del mar, y que proporcionaban fresca sombra donde también se solazaban personas generalmente de bastante edad y más bien obesas.

Hay veces en que se vive de maravilla.

Y en el balneario Le Soleil, al parecer, se vivía de maravilla siempre. O sea, como se ha de vivir…

De reojo, la señorita von Krupp captó perfectamente la atención sostenida de uno de los huéspedes del balneario, que seguía mirándola con bonachona sonrisa. Era un sujeto tan agradable que inspiraba inmediatamente impulsos de amistad y simpatía. No demasiado guapo, pero sí agradable, atractivo de ese modo sosegado de algunos hombres que son, por encima de todo, personas.

«—Es una persona —pensó la señorita von Krupp—… Y yo me entiendo». Debía de tener entre treinta y cinco y cuarenta años. Era atlético, alto, moreno, de ojos oscuros. Su indumentaria consistía en un sencillo chándal de color azul oscuro, y zapatillas deportivas también de color azul… Tal vez estaba esperando a alguien para ir a correr.

Tal vez.

Pero la señorita von Krupp, de pronto, pensó:

«—Es ruso».

En realidad, no fue un pensamiento. Fue una certidumbre total, una de esas informaciones interiores que las personas evolucionadas perciben con facilidad. Es decir, que si ella había pensado que aquel hombre era ruso, sencillamente él era un ruso. La duda podía consistir en qué ruso era…

¿Alexander Guriov? ¿O quizá su colega de la KGB Vladimir Strogof, que estaba esperando a Guriov? ¿O quizá ninguno de los dos, sino un ruso cual quiera que estaba allí de vacaciones…?

—Señorita von Krupp…

Marietta von Krupp se volvió, y vio al conserje ante ella. Además, había otro hombre, bajito y obeso, con cara de *bon vivant*, que la contemplaba con expresión obsequiosa, contemporizadora. Ajá, comprendió la señorita von Krupp: allá tenía al director del balneario.

—¿Quién es usted? —inquirió Marietta.

—El director de Le Soleil, para servirla…, cosa que espero poder hacer. En realidad, siempre tenemos un par de habitaciones de reserva, para casos imprevistos, pero espero que comprenda usted que no son precisamente las mejores del balneario.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues… que son pequeñas, e interiores. No sólo no tienen vistas al mar, sino que ni siquiera tienen vistas a las pinedas de la

parte del interior. Son habitaciones para casos de emergencia…

—Yo no soy una emergencia. Quiero una habitación con vistas al mar.

—Señorita von Krupp, si las dos partes no somos razonables me temo que no podremos alojarla en Le Soleil. Por otra parte, dentro de tres días quedará libre una espléndida *suite* con vistas al mar, y tal vez podamos alojarla entonces en ella, si nos salen bien toda una serie de combinaciones… y otros clientes que ya hicieron sus reservas aceptan esas combinaciones.

—Está bien —suspiró Marietta—… Ya comprendo que están ustedes haciendo lo posible por complacerme.

—No dude que es así, señorita von Krupp, En cualquier caso, dejando aparte el detalle de la habitación, espero que disfrute usted de los restantes magníficos servicios de Le Soleil.

—Así lo espero —sonrió de pronto la rubia belleza—… Oiga, usted es simpático, señor…

—Froidveux, para servirla.

—Muy amable. Y muchas gracias, Monsiuer Froidveux. Me instalaré en esa habitación.

—Ha sido un placer poder servirla.

Marietta miró abiertamente hacia «el ruso», que le sonrió espontánea y abiertamente, sin disimulos. Era encantador. O sea, que no podía ser la mala bestia del espionaje conocida como Alexander Guriov. Claro que no. Entonces, tenía que ser su colega Vladimir Strogof. ¿O no era ninguno de los dos?

Mientras se encaminaba de nuevo hacia el mostrador de recepción para formalizar su estancia en el balneario, Marietta vio a los dos jóvenes atletas que descendían la amplia escalinata modelo *belle époque* que comunicaba el amplísimo vestíbulo con los pisos superiores del balneario.

Eran un pasmo. Altos, guapos, rubios, atléticos, fuertes, altivos, seguros de sí mismos… Ambos se cubrían con un albornoz y calzaban zapatillas de playa. Mientras cruzaban el vestíbulo hacia la salida a la playa, la señorita von Krupp tenía que hacer esfuerzos por no reír. Allá iban los muchachos de la CIA…

¿No era todo absolutamente encantador? Parecía… una opereta.

«—No me gusta esto —reflexionó Marietta—… No me gusta nada». Y tenía razón, porque si algo no es el espionaje, es una

opereta.

De modo que ella decidió jugar fuerte y en serio. Tras inscribirse, preguntó al conserje:

—¿Quién es ese hombre que todo el rato me está mirando? El del chándal azul.

—Ah, sí. Es *Monsieur* Strogof. Un atleta ruso de vacaciones.

—Caramba, qué exotismo, ¿verdad? Pero… ¿está usted seguro? Es que me recuerda a una persona que conocí en París el año pasado… ¿Seguro que se llama Strogof y es ruso?

—Seguro, señorita von Krupp; Vladimir Strogof.

—No cabe duda de que me equivoco. Bien, muchas gracias por todo… Espero no haberle resultado desagradable, pero deseaba alojarme en Le Soleil.

—Es una satisfacción para nosotros —sonrió el conserje—… Un botones la acompañará a su habitación.

—Gracias —Marietta movió la cabeza—… Un ruso, qué le parece… ¿Quizá vienen muchos por el balneario?

—La verdad es que no. Pero si he de serle sincero, tampoco vienen muchos alemanes.

—¿De veras? Pues quizás a partir de ahora las cosas cambien en Le Soleil, y empecemos a venir alemanes y rusos.

—Siempre y cuándo hagan sus reservas debidamente —alzó un dedo el conserje.

Marietta rió simpáticamente, y se fue en pos del botones que había acudido a los gestos de llamada del conserje, y que se hizo cargo de sus dos maletas, mientras ella portaba su maletín de viaje, forrado de raso azul claro, en juego con su estival vestido de falda corta.

La habitación que había podido conseguir la señorita von Krupp tenía el número 001, estaba en el primer piso, y, en efecto, era interior y pequeña.

Tenía una pequeña ventana en el reducido cuarto de baño y otra casi igualmente pequeña en el dormitorio, ambas con vistas al angosto patio de luces del edificio. Era algo así como una pequeña ratonera que no podía gustar de ninguna manera a ningún espía del mundo, pues escapar de allí en caso de acorralamiento tenía que ser algo así como realizar la mayor proeza del mundo.

—Es decir —reflexionó Marietta cuando ya el botones se hubo

marchado con la propina—, que mi colega el malvado Guriov todavía no ha llegado al balneario…, pero sí han llegado mis colegas y compañeros de la CIA, y el intrépido agente soviético Vladimir Strogof, encargado de dar caza a su compañero Guriov antes de que éste se pase a los americanos y les entregue esos malditos borradores de esos malditos y repugnantes documentos…

Había una cosa segura en aquella situación: quizá los dos muchachos de la CIA no habían detectado a Vladimir Strogof, pero seguro que éste sí los había detectado a ellos. Y por otra parte… ¿realmente la CIA había enviado a aquellos dos jovencitos nada menos que a negociar con un perverso veterano como era Alexander Guriov y recogerlo, hacerse cargo de los documentos…?

Claro que no. Es decir, que había alguien más de la CIA en el balneario. Alguien con experiencia y talento, alguien verdaderamente capaz de afrontar la situación…, y cualquier posible sorpresa. Los dos muchachos eran sólo la fachada de la CIA.

Pero… ¿por qué tantas precauciones? El motivo sólo podía ser uno: que había más personas, aparte de la CIA y la KGB enteradas de que Alexander Guriov iba a acudir al balneario Le Soleil, así que la CIA tomaba sus precauciones. Consecuentemente, también la KGB debía de haber tomado las suyas, lo que era tanto como decir que el simpático y deportivo Vladimir Strogof tampoco estaba solo en el asunto… ¿O quizá los rusos creían que Strogof sí podía atender él solo aquel asunto?

Marietta von Krupp emitió un gracioso silbidito de preocupación, y decidió ducharse y bajar acto seguido a la terraza del balneario con tiempo para tomar un aperitivo antes de almorzar.

* * *

Había pedido el mejor aperitivo del mundo, esto es, champán brut, y la verdad era que lo estaba degustando con extraordinario gusto y placidez en aquel lugar sombreado y tranquilo. Tenía gracia que los balnearios se estuvieran poniendo de moda nuevamente. Hasta hacía poco, ir a un balneario era cosa de ancianos o de enfermos del hígado. Ahora se veía gente joven en los balnearios, sólo que, eso sí, gente joven que buscaba tranquilidad y sosiego. Era algo parecido a

volver a la época del charlestón, sólo que con música de auriculares, televisión en supercolor, y por parte de las mujeres nada de trajes de baño que más parecían abrigos, sino encantadores bikinis y, en varios casos, monokinis que permitían disfrutar del bello espectáculo de saltarines pechos femeninos dorados por el sol…

Hay veces en que se vive de maravilla.

—Hola, ¿qué tal? —Oyó el saludo en francés.

Marietta, que estaba mirando hacia el mar, tan enamorada de éste como siempre, volvió la cabeza, y se quedó mirando sonriente al atlético y agradable sujeto del chándal azul, es decir, el espía soviético Vladimir Strogof, que la contemplaba con la expresión de quien acaba de encontrar a un amigo de toda la vida.

—Hola, muy bien —contestó Marietta—… ¿Y usted?

—Esplendido —amplió su sonrisa Strogof—… ¿Me permite que la acompañe?

—No voy a ningún sitio.

—Quiero decir a la mesa. Su idea de tomar champán como aperitivo me ha parecido estupenda. ¿Puedo sentarme con usted?

—Está bien. Pero no crea que se va a beber usted mi champán.

—Pediré otra botella si terminamos ésta. Es más, si me lo permite, me gustaría invitarla.

—Eso me parece estupendo.

Vladimir Strogof se sentó, miró hacia el mar, hacia el cielo, miró de nuevo a Marietta, y por último hizo una seña a un cercano camarero indicándole que trajera una copa para él. Hacía calor, pero a la sombra se estaba divinamente. Un par de gaviotas pasaron volando dulcemente mar adentro.

—Supongo que se aficionó usted a este aperitivo en París —dijo Vladimir.

—Nunca he estado en París.

—¿Cómo que no? Pero yo creía… Es decir…

—¿Sí? —Le miraba maliciosamente Marietta.

—Me parece que me ha descubierto —sonrió de nuevo Strogof—… Pero no se trata de que yo sea demasiado chismoso.

—¿No?

—Bueno, sólo un poco —rió ahora el ruso—. La verdad es que le pregunté al conserje quién era usted, y entonces él comentó que

usted también había preguntado por mí confundiéndome con una persona a la que había conocido en París.

—Comprendo. ¿Y por qué preguntó usted por mí?

—Porque me gusta.

—Ah.

—¿Le parece demasiado simple?

—Pues… no. Lo encuentro muy razonable. Ahí traen su copa. Strogof asintió.

El camarero llegó, le sirvió champán, y se alejó. Vladimir alzó la copa como brindando por la rubia Marietta, bebió un sorbo, y asintió en verdad complacido.

—¿Es usted de Berlín? —preguntó.

—¿Es usted de Moscú? —inquirió a su vez Marietta.

—No —rió de buena gana el ruso—… ¡No soy de Moscú! Tiene usted razón, se puede ser alemán sin ser de Berlín y se puede ser ruso sin ser de Moscú. Habla usted muy bien el francés.

—Y usted también.

—Sí. Siempre he tenido facilidad para los idiomas.

—Debe de ser gracias a viajar tanto por todo el mundo para intervenir en competiciones de atletismo.

—Seguramente —Strogof lo estaba pasando divinamente—… ¿Y usted, a qué se dedica?

—Soy secretaria de alta dirección.

—Lo que significa que también habla varios idiomas.

—Algunos.

—Claro. Algunos. De verdad, dígame: ¿dónde adquirió usted esta magnífica costumbre de tomar champán como aperitivo? ¿No fue en París?

—Claro que no. Los parisinos no toman champán como aperitivo, sino byrrh, ricard, o cosas igualmente repugnantes.

—Pues no son muy listos.

—Hacen más o menos como los rusos que en lugar de comer caviar comen cacahuetes o salchichas de frankfurt.

Strogof volvió a reír.

—¿Va a estar aquí muchos días? —se interesó—. Lo digo porque si son pocos podría cederle mi habitación mientras permanezca en el balneario. Tiene vistas al mar. Y a mí no me importaría instalarme en la suya, si es por pocos días.

—Caramba, es usted muy amable, señor Strogof.

—Vladimir, por favor. Sí, lo soy. ¿Puedo llamarla Marietta?

—Una vez conocí un norteamericano que se acercó a mí y me dijo: «Oye, encanto, tengo en el muelle un yate que si lo ves te caes de culo… ¿Qué tal si te vienes a dar un paseo conmigo por alta mar y allá hacemos el amor hasta reventar de gusto?». Usted, Vladimir, casi va tan directo y tan rápido como el yanqui en cuestión para llevarse una chica a la cama.

—No era ésa mi intención —reía todavía el ruso.

—¿No? ¿Cuál era su intención?

—Pensé que entre colegas podíamos… llegar a un acuerdo razonable y lo más amistoso posible.

—¿Entre colegas? —Alzó las cejas Marietta, «sorprendidísima»— … ¿En qué somos colegas usted y yo?

Vladimir Strogof cambió de pronto de expresión. Toda su bonachonería desapareció. En sus viriles facciones apareció un gesto duro, resuelto. Sencillamente, la opereta había terminado.

—Marietta —dijo suave y quedamente—, vamos a hacer un trato que nos permitirá recordar estos días con agrado: tú te limitas a tomar el sol y a beber champán, y te olvidas del resto. Te cedo mi *suite*, te convido a champán y te deseo una feliz estancia en Beaulieusur-Mer…, pero si cuando llegue Guriov metes tus preciosas naricitas en mis asuntos te quitaré de en medio. ¿Me has entendido?

—¿Se puede saber de qué está usted hablando?

—Sí, se puede saber. Estoy hablando de tu trabajo aquí por cuenta, naturalmente, de la HPT I de la BND[1]. Olvida el asunto, créeme. Y te estoy haciendo un favor.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque te has metido en la enorme boca de un lobo gigante. Sal de ella ahora que estás a tiempo.

—¿Siempre trabaja usted así tan… directamente?

—No. Pero ésta es una circunstancia excepcional. ¿Crees que eres la única que vas a incordiar en el asunto? Al parecer, todo el mando se ha enterado de que Guriov pretende pasarse a los americanos, y no sólo la BND, sino muchos otros servicios enviarán personal a ver si atrapan a mi colega y le quitan lo que sea que traiga para los americanos.

—¿Me estás diciendo que el balneario se va a convertir en la sede de algo así como una… convención de espías?

—Exactamente.

—Entonces, Guriov no vendrá.

—Tal vez no. Pero es posible que él no se haya enterado de que los demás nos hemos enterado de que aquí le esperan los americanos, en cuyo caso, vendrá. Y si viene, esto se pondrá al rojo vivo.

—Es una situación estúpida, ¿no te parece?

—Escucha, te voy a decir la verdad: lo que me gustaría realmente con respecto a ti es que te largaras, y que dentro de unos días nos encontrásemos en otro sitio agradable y nos pusiéramos a hacer el amor hasta morir, porque me gustas más que cualquier mujer que haya conocido hasta ahora. Pero si te interpones en el logro de mi objetivo te apartaré sin miramientos. ¿Está claro?

—Huy, qué hombre más malo —sonrió Marietta.

Vladimir Strogof apretó los labios. Luego, se relajó, bebió el resto del champán que había en su copa, y dijo:

—No digas que no te he advertido. Y si decides comportarte de modo prudente, ven a decírmelo. Mi *suite* está en el segundo piso: la 217.

—Tal vez decida trasladarme a ella.

—Von Krupp —Strogof la apuntó con un dedo—, sé que sabes que esto no es ningún juego. Y seguramente, puesto que te han enviado a ti, es que sabes arreglártelas bastante bien. Pero créeme, este bocado es demasiado duro para tus dientes.

—¿Por qué? ¿Porque soy mujer?

—No. —El rostro de Strogof destacaba ahora un tanto demudado—. Porque en todo cuanto interviene ese maldito Alexander Guriov el asesinato se pone a la orden del día. Y francamente, preferiría encontrarte dentro de unos días en Capri, por ejemplo, que degollada en tu cama del balneario Le Soleil. Y no estoy bromeando ni exagerando.

—Lo tendré en cuenta.

—Entonces… ¿te parece bien dentro de diez días en Il Gatto Bianco, de Capri?

—Siempre me ha gustado muchísimo Capri —murmuró Marietta von Krupp—, pero yo no he venido aquí a hacer citas de amor,

Vladimir.

Éste asintió, se puso en pie, y se alejó.

Capítulo III

A media tarde llegó Alexander Guriov.

Es decir, llegó un hombre que dijo llamarse Andrei Kolnov, y que en un francés más que aceptable aseguró que había reservado habitación desde Estambul hacía diez días, y por tanto esperaba ser atendido debidamente…

Había, como siempre, bastantes huéspedes del balneario en el tranquilo y amplísimo vestíbulo, la mayoría leyendo periódicos o revistas, algunos conversando sosegadamente en voz discretísima, otros como queriendo adormecerse en la dulzura de los rincones encantadores adornados con plantas… La mayoría de estas personas no oyeron nada de lo que dijo el recién llegado Andrei Kolnov, le vieron llegar, conversar con el conserje, aprobar complacido que su reserva hubiera sido tenida en cuenta, y eso fue todo.

Marietta von Krupp se enteró de muchas más cosas, pues, aunque simulaba estar leyendo una revista y se hallaba considerablemente lejos del mostrador de recepción, se había colocado con tal estrategia que podía ver el rostro de las personas que conversaran con el conserje. Es decir, podía ver sus labios, y, por tanto, observando el movimiento de éstos, enterarse de sus palabras tan concreta y exactamente como si las estuviera oyendo.

Es decir, que había llegado Alexander Guriov y, en efecto, utilizando el nombre de Andrei Kolnov que habían mencionado los tres rusos que habían solicitado los servicios de la agente Baby de la CIA.

¿Y qué hacía mientras tanto el hombre de la KGB, el agresivo Vladimir Strogof? Pues, el señor Strogof parecía no haberse enterado de nada. Siempre vestido deportivamente, el atlético y atractivo Strogof permanecía en un lugar del vestíbulo donde no pudiera ser molestado con inicios de aburridas conversaciones, sosteniendo en las manos un periódico que, sin duda, estaba

leyendo…, lo cual de ninguna manera tenía que haberle impedido enterarse de la llegada de Kolnov, es decir, de Alexander Guriov, el perverso y siniestro espía soviético.

¿Cabía admitir que Strogof y Guriov no se conocieran? Tal vez sí. Marietta von Krupp pensó que esto era verdaderamente posible e incluso lógico, pues ni la KGB, ni la CIA, ni ningún otro servicio secreto del mundo se dedica a presentar sus agentes unos a otros para que se conozcan; los servicios secretos actúan de modo que la mano derecha nunca sabe dónde está la izquierda y qué está haciendo; y viceversa, claro.

De modo que muy bien, no se conocían Guriov y Strogof. Pero si la KGB había enviado a Beaulieusur-Mer a Strogof a cazar a Guriov, naturalmente que al primero tenían que haberle facilitado fotografías y muchos otros datos sobre el segundo.

Es decir, que Alexander Guriov había llegado a Le Soleil, y de su llegada se habían enterado Marietta von Krupp y Vladimir Strogof… ¿y quién más?

Mientras el recién llegado Andrei Kolnov se dirigía hacia su habitación reservada desde Estambul, Marietta dirigió una mirada en torno, cerciorándose una vez más de que los dos jóvenes, guapos y rubios agentes de la CIA no se hallaban a la vista.

Chocante.

Casi tan chocante como el señor Kolnov, que era un hombre que parecía tener poco más de treinta y cinco años, alto, apuesto, atractivo, de aspecto absolutamente simpático (incluso más que Strogof) y que parecía incapaz de hacer daño a nadie.

Y es que hasta el alma cambia. Porque tiempo atrás se decía que «la cara es el espejo del alma», y casi siempre resultaba ser verdad: uno miraba la cara de cualquier persona y allá estaba retratada su alma, es decir, que si era malvado tenía cara de malvado, y si era bondadoso tenía cara de bondadoso. Es decir, que el alma se reflejaba en su cara.

Ahora ya no. Ahora, llegaba un sujeto como Alexander Guriov, cuya alma era sin duda malvada y perversa, pero en cambio su cara expresaba simpatía y cordialidad. O sea, que las almas cambian. O quizás estaría mejor decir que las almas, como los seres humanos en su aspecto físico, también han aprendido a ser hipócritas.

«—Cielos —pensó Marietta von Krupp—, ¿adónde vamos a ir a

parar, si seguimos en esta línea de maldades e hipocresías…?».

El único consuelo que le quedó a Marietta, tras estas reflexiones, fue que, a fin de cuentas, ella también había enseñado a su alma a ser hipócrita…

¿O había sido al revés, había sido su alma la que le había enseñado a ella a ser hipócrita? Claro que esto ya era complicar la cosa, porque cada uno es cada uno más su alma, no dos cosas diferentes…

Marietta desistió de filosofías, pues ciertamente no era el momento.

O sea, de Estambul. Alexander Guriov había hecho su reserva en Le Soleil desde Estambul. ¿Había estado todos los días pasados escondido en Estambul, esperando el momento de la cita con la CIA en el balneario Le Soleil?

Así debía de ser. Pero… ¿dónde estaba la CIA?

Marietta abandonó la lectura de la revista, se puso en pie, y se encaminó hacia la salida al jardín atestado de fragantes pinos frente a la playa. Era una hermosa tarde. Todo estaba tranquilo. En una mesa de blanco mármol ubicada a la sombra de un pino y sobre la cual habían colocado un tablero de ajedrez, los dos rubios y espectaculares atletas de la CIA jugaban apacible y sosegadamente. También esto era chocante. ¿No les interesaba la llegada de Alexander Guriov?

Sonriendo, Marietta se acercó a la mesa, procurándose una silla de pasada, que colocó entre los dos jugadores; se sentó en ella, estudió la disposición de las piezas sobre el tablero durante un par de minutos, y, por fin, emitió un gracioso silbidito de preocupación.

Los dos rubios la miraron.

Uno de ellos frunció el ceño, luego, con gesto nada simpático, regresó su atención a la partida.

—No se preocupen —dijo Marietta—, no soy de esas personas que van comentando las jugadas y dando consejos. En cualquier caso, las blancas lo tienen muy mal.

Los dos rubios volvieron a mirarla, fruncieron de nuevo el ceño y regresaron su atención al tablero. Estaban tratando de no comportarse con malos modales, era evidente, pero no les hacía gracia la presencia de un mirón.

—Por otra parte —continuó a los pocos segundos Marietta—, no

me parece momento ni lugar para jugar al ajedrez, más que nada porque en un lugar como éste lo que mejor encaja es relajarse.

—¿Sería tan amable de no distraernos? —pidió uno de los jugadores.

—De verdad que no les comprendo a ustedes… ¿No les interesa la llegada de Alexander Guriov?

Las miradas de los dos rubios quedaron fijas en Marietta, la cual sonrió amistosamente.

—No sé si saben que utiliza el nombre de Andrei Kolnov… Oh, claro, sí que han de saberlo, pues ése es el nombre que debió de darles a ustedes, ya que es el que está utilizando. A veces, incluso los más veteranos decimos tonterías. Es de humanos, ¿no les parece? Respecto a Kolnov, tiene todo el aspecto de un hombre de lo más cordial, pero no se confíen, porque también tiene un aspecto muy simpático su colega Vladimir Strogof, y me consta que tiene bastante mala uva, pues ya se ha permitido incluso amenazarme a mí. Los hay temerarios, ¿verdad? Sea como sea, yo no descuidaría el contacto con Kolnov, es decir, con Alexander Guriov, sabiendo que su colega de la KGB Vladimir Strogof está cerca y dispuesto a hacerse con los documentos. Guriov ocupa la habitación 319, y en estos momentos debe de estar despidiendo al botones que le ha acompañado a ella. Resumiendo: si ustedes no se apresuran es muy posible que Strogof tome rápidamente la delantera y les birle los documentos, o se cargue a Guriov. ¿Me he explicado?

A medida que Marietta hablaba los ojos de los dos rubios se habían ido abriendo más y más, adquiriendo por fin una desorbitación admirablemente cómica.

Uno de ellos reaccionó por fin, y exclamó:

—¿Quién es usted?

—Estoy segura de que ya lo ha comprendido, Simón.

Los dos agentes de la CIA lanzaron al unísono una exclamación que contuvieron a medias como pudieron. Acto seguido, uno de ellos casi tartamudeó:

—Pep-ero no… no sabíamos… ¡Nadie nos dijo que usted…!

—Tranquilos —sonrió la encantadora Marietta—. Ésa es otra historia de la que hablaremos en otro momento. Por ahora, digamos que yo me encargo del asunto. Mientras tanto, ustedes vayan a decirle a Contacto que quiero hablar con él… discretamente por

supuesto. Estoy en la habitación 101. ¿Comprendido?

—Sí… Por supuesto, sí.

—Bien. La única posibilidad de presentar dura batalla por parte de las blancas sería que ese solitario alfil se dedicara exclusivamente a hostigar al rey negro.

Marietta se puso en pie, y se alejó de la mesa. Mientras caminaba de regreso al interior del hotel captó la intensa mirada que le dirigía alguien, era algo que percibía con suma facilidad. Desvió un poco la mirada, y vio al hombrecillo que se apresuraba a desviar también la suya, como si jamás hubiese mirado a la señorita von Krupp ni hubiera sentido el menor interés por ella…, cuando era todo lo contrario, pues había sido precisamente la intensidad de su mirada lo que había alertado el instinto de Marietta.

Ésta vaciló, pero sólo un instante. Ya tendría tiempo de conversar con aquel hombrecillo de rostro macilento y cansada mirada gris, que seguramente era el Contacto verdadero de la CIA con Alexander Guriov…

Aunque si lo era, ¿qué hacía allí, por qué no estaba al cuidado de la llegada de Guriov?

Posponiendo todas estas consideraciones, Marietta apresuró el paso hacia el interior del edificio, y nada más entrar su mirada buscó a Vladimir Strogof, sin localizarlo en parte alguna del vestíbulo.

Procurando no dar la menor señal de agitación, Marietta se dirigió hacia la amplia escalinata, que subió sosegadamente hasta el primer piso. Una vez aquí, fuera del alcance de miradas curiosas, se lanzó escaleras arriba a toda velocidad hasta el tercer piso, y en un instante estuvo ante la puerta marcada con el número 319, a la que llamó con los nudillos.

¿Realmente Vladimir Strogof era tan… rápido, tan expeditivo, que se había ocupado ya del asunto, anticipándose a ella y a todos, y quizás en aquel momento ya estaba con Guriov, incluso quizá le había matado…? Si era así, no se perdería mucho en ningún sentido, porque a fin de cuentas Guriov estaba condenado a muerte. Y en cuanto a los documentos, si Strogof se comportaba lealmente con la KGB tampoco habría problema, pues ésta los destruiría, y así habría terminado la posibilidad de que alguien se los vendiera a la CIA y ésta los entregase al presidente norteamericano Reagan. Pero

si Strogof, como Guriov, decidía obtener provecho personal de aquellos desafortunados borradores de documentos, si decidía escapar con ellos y venderlos a otras personas, éstas podrían utilizarlos a su vez para crear antagonismos nuevos entre Estados Unidos y Rusia, también poniendo esos documentos en manos del presidente norteamericano…

La puerta de la habitación 319 se abrió cuando ya Marietta estaba convencida de que algo terrible había ocurrido, y se disponía a abrirla por sus propios medios.

Alexander Guriov, por falso nombre Andrei Kolnov, quedó ante Marietta von Krupp. Estaba chorreando agua, y se envolvía con una toalla de cintura para abajo. Parecía un tanto enfadado, pero sonrió al ver ante él a la encantadora rubia, que de repente mostró una expresión atribulada.

—Oh, Dios mío —gimió Marietta—. ¡Oh!

—¿Puedo servirla en algo? —indagó amablemente Andrei Kolnov.

—Pu-pues yo… yo me temo que… ¡Oh, lo siento muchísimo, créame!

—Ya. O sea, vamos, que se ha equivocado usted de puerta.

—Lo… lo siento de veras, por favor, perdóneme…

—Pues no —frunció el ceño Kolnov—, no la perdono, por la sencilla razón de que habría preferido que no se equivocase, que fuese a mí a quien busca. Me llamo Andrei. ¿Me busca a mí?

—No —Marietta rió todavía turbada—… No, no.

—Pues eso es lo que no le perdono, insisto. En fin, al menos aprovecharé para terminar de ducharme. ¿Le parece a usted bien?

—¿Eh…? ¡Oh, sí! ¡Naturalmente!

—Estupendo, gracias. Podemos hacer un trato, además: si no encuentra a quien busca, la invito a cenar. Estaré en el restaurante del balneario a partir de dentro de media hora, más o menos.

Marietta volvió a reír, sin dejar de mirar al simpático y atractivo ruso. No era atractivo por simple belleza física, sino por la expresión de su rostro, por el alma que se veía en sus ojos… Claro que sobre esto ya había filosofado antes Marietta, pero… ¿Y si la habían engañado? ¿Y si Alexander Guriov no era un criminal del espionaje, como siempre se había dicho en todo el mundo…?

—¿De verdad no quiere pasar? —Oyó la voz de Kolnov—.

Siempre he soñado con conocer a alguien que sepa enjabonar mi espalda.

Él seguía mirándola, con renovada atención, buscando en el fondo de sus ojos. Él, Alexander Guriov, también estaba… buscando el alma de Marietta von Krupp en los ojos de la bella rubia. Ojos provistos de lentillas de color verde. Ojos falsos. ¿Se daría cuenta Alexander Guriov?

Marietta reaccionó.

—¡Oh! —Exclamó de nuevo—. ¡Oh!

Dio la vuelta y se alejó rápidamente. En el extremo del pasillo, se volvió. Guriov continuaba en la puerta, mirándola con expresión entre perpleja y amable. Sonrió al mirarlo ella, retrocedió hacia el interior de su habitación, y cerró la puerta.

O sea, que Vladimir Strogof no había subido en busca de Guriov. Entonces… ¿dónde estaba Vladimir Strogof?

¿Quizás él había permanecido en el vestíbulo pero ella no había sabido localizarlo? Era perfectamente posible que él se hubiera ocultado, quizá para observar los movimientos de ella. Sí, podía ser esto: la había visto conversando con los dos muchachos de la CIA, y luego, cuando ella había regresado hacia el vestíbulo, se había escondido, para observarla… O sea, que ahora Strogof sabía que ella había hecho un… absurdo contacto con Alexander Guriov. ¿O sencillamente Strogof no se había enterado de la llegada de Guriov, y quizás en aquellos momentos estaba dando un bucólico paseo por los alrededores del balneario, disfrutando del bucólico paisaje?

Marietta regresó al vestíbulo, dónde, por más que miró y miró no vio a Strogof. A quien sí vio fue al sujeto de la cara macilenta y la cansada mirada gris, que de nuevo desvió velozmente la mirada al mirarlo ella. Era un hombre… como triste.

¿Había enviado la CIA a un hombre que casi parecía enfermo, o cuando menos cansado, e incluso triste, para negociar con un sujeto de las energías físicas y mentales de Alexander Guriov…?

—Cuando usted quiera podemos hablar.

Al oír estas palabras tan cerca de ella Marietta casi se sobresaltó, y volvió vivamente la cabeza. Se quedó mirando al hombre que le había hablado: debía de tener unos cincuenta y cinco años, era alto, calvo, sólido, rebosante de energía, y su mirada azul parecía capaz de convertirse en rayos X en cualquier momento. Un sujeto de

mucho, mucho, muchísimo cuidado.

—¿Perdón? —murmuró Marietta.

—Los muchachos me han dicho quién es usted…, o quién pretende ser, de modo que me gustaría que conversáramos un rato…, si a usted le parece bien.

—¿Usted es Contacto, el verdadero negociador con Guriov?

El hombre apretó los labios, y Marietta comprendió. Él estaba dispuesto a conversar, pero debía ser ella quien diese más explicaciones. Y ello, por una razón muy sencilla, lógica y consecuente: el Directorio de la CIA no le había dicho a Contacto que la agente Baby fuese a intervenir de ninguna manera en aquel asunto…, y por tanto Contacto desconfiaba.

—¿Ha visto a Strogof? —Inquirió Marietta—. Quiero decir, después de que llegó Kolnov, o sea, Guriov.

—Escuche, me encantaría que usted fuese quien pretende ser, pero… ¿cómo puedo estar seguro de ello?

Marietta miró alrededor, vio un par de sillones adecuadamente aislados junto a un gran tiesto que contenía una palmera enana, y los señaló.

—Sentémonos, Simón.

El alto, calvo y desconfiado sujeto asintió, y cedió el paso a Marietta hacia los sillones. El sujeto de cara macilenta y cansada mirada gris había desaparecido… Marietta lo buscó con la mirada, pero fue inútil.

—¿Busca a alguien? —inquirió Contacto.

—Sí: a Tristón.

—¿Quién es Tristón?

Ella se sentó, y él lo hizo enfrente, muy cerca.

—Es un hombrecillo de unos… sesenta años, delgado, menudo, de cara macilenta y ojos grises de mirar cansado. Da la sensación de estar siempre triste.

—Lo siento, pero no sé de quién me habla.

—O sea, que no ha reparado en él. No me extraña, es tan insignificante… Pero dejémoslo. Mire, Simón, yo voy a contarle cómo están las cosas. A continuación, usted y nuestros dos compañeros se pondrán a mis órdenes. ¿Hay alguien más de los nuestros por aquí, interviene más personal?

—Primero, cuénteme usted su historia —dijo suavemente

Contacto—, y luego ya veremos qué hacemos.

Marietta von Krupp asintió, y procedió a explicar con detallada precisión todo el asunto, invirtiendo en ello apenas seis o siete minutos. Cuando terminó, Contacto movió la cabeza, y dijo:

—Es todo tan fantástico, que me inclino a creer que es cierto. Y la verdad es que instintivamente, confío en usted, e incluso, personalmente, creo que es quien dice ser. Pero yo debería obtener la certeza absoluta sobre su personalidad, espero que me comprenda.

—Por supuesto. Póngase en contacto con nuestro jefe del Grupo de Acción en Langley, y pídale que le facilite alguna contraseña a la que solamente yo pueda darle a usted la respuesta exacta. Pero no dé más explicaciones, ni hable de esto con nadie más que con nuestro jefe. ¿Está de acuerdo?

—Muy bien. O sea, yo le pido una contraseña, y si usted me da la respuesta correcta que él me indicará, ya no puedo tener dudas. Perfecto. Mientras tanto… ¿qué hacemos?

—Pues no sé usted —sonrió Marietta—, pero yo voy a dar un agradable paseo antes de cenar.

—Yo había pensado hacer contacto con Guriov.

—No deseo presionarle. Usted tiene sus órdenes, y yo le comprendo, Simón. Pero si pudiera esperar a conseguir esa contraseña…

Contacto se quedó mirando intensamente a Marietta von Krupp. Él era todo un veterano de la CIA. Jamás antes había trabajado con Baby, pero sabía de ésta todo cuanto hacía falta para comprender que si ella intervenía en un asunto y pedía la dirección de ese asunto es que las cosas no eran tan claras ni tan sencillas ni simples como pudieran parecerle a otros espías.

Por tanto, el espía americano murmuró:

—Esperaré a conseguir esa contraseña.

—Gracias. Y no se descuiden, recuerde que, según parece, hay varios servicios de espionaje que se han enterado de la deserción de Alexander Guriov, y quizás algunos de ellos sepan que ahora está aquí. E incluso puede que alguno de nuestros colegas le conozca… No se descuiden, Simón.

De nuevo asintió Contacto. Marietta se puso en pie, y se encaminó a la salida del balneario. Quizá pensando encontrarse a

Vladimir Strogof. O al hombrecillo de la cara macilenta a quien ella había bautizado con el nombre de Tristón.

Capítulo IV

Durante el paseo no había visto ni a Strogof ni a Tristón. Tampoco los veía ahora en el comedor, y eso comenzaba a preocupar seriamente a Marietta. Tal vez no valiera la pena preocuparse por la presencia o por la ausencia del hombrecillo de la mirada triste, pero sí era cuando menos desconcertante la incomparecencia de Vladimir Strogof.

¿Y si había esperado aquella hora en que la casi todos los huéspedes del hotel se hallaban reunidos en el comedor, para ir en busca de Alexander Guriov y solucionar las cosas en la habitación del colega llegado de Estambul?

Estambul.

¿Había estado haciendo algo en Estambul el perverso y criminal agente soviético…, o simplemente había estado escondido allí esperando el momento de acudir a Francia para la cita con la CIA?

Y ya que pensaba en la CIA, sí, allá estaban los dos jóvenes Simones sentados a su mesa, conversando en tono muy bajo, y por supuesto sin cometer la indiscreción de mirarla a ella. Se estaban portando bien, indudablemente la CIA los había sabido elegir para aquel trabajo. Sin duda también Contacto era el hombre adecuado. Pero… ¿dónde estaba Contacto?

«—Algo debe de estar ocurriendo —pensó Marietta—, y no tengo la menor intención de quedarme al margen, de permitir que los demás tomen la dirección del asunto».

Estaba dispuesta a abandonar el comedor cuando, en aquel momento, apareció Andrei Kolnov, es decir, el perverso agente ruso Alexander Guriov.

Éste vio a Marietta apenas entrar en el comedor, y, sin el menor titubeo, se fue directo como una flecha hacia la rubia alemana, plantándose en un instante ante su mesa.

—¿Qué tal? —saludó sonriente—. ¿Me recuerda?

—No estoy muy segura.

—Soy el hombre que fue sacado de su bañera por una inoportuna y además equivocada llamada a la puerta de su habitación.

Marietta rió.

—¿De verdad es usted el mismo? —exclamó.

—De verdad. Sólo que vestido elegantemente, afeitado y peinado. Pero vamos, tampoco debía de estar tan horrible entonces, ¿verdad?

—Me parece que usted es de los que están convencidos de que son guapos, señor…

—Kolnov. Andrei Kolnov. Y se equivoca: no trato de ser un guapo fatuo, sino de hacer amigos en todas partes. ¿Puedo sentarme a su mesa?

—¿Con qué objeto?

—Cenar y charlar agradablemente. Sin duda debemos de tener algo en común que nos permita conversar y alcanzar unos razonables grados de intimidad cordial entre seres humanos.

—Caray —mostró gracioso pasmo Marietta—… ¡Caray!

—¿Puedo sentarme o no? —rió Andrei Kolnov.

—Se lo suplico —puso ella los ojos en blanco—. Solamente una tonta perdería la oportunidad de pasar un rato con usted. ¿A qué se dedica?

—¿Por qué lo pregunta? —inquirió Kolnov, tras sentarse.

—Me pregunto qué clase de profesión puede tener una persona de sus… cualidades de comunicación con sus semejantes. ¿Médico, psicólogo, profesor, quizá relaciones públicas…?

—¡Exacto! Ahora acaba de decirlo: relaciones públicas. Trabajo para una empresa rusa que está buscando… discretamente una salida hacia Europa.

—Ya. ¿Qué empresa?

—¡Ssssst…! —Recomendó silencio Kolnov, llevándose un dedo a los labios y mirando preocupado alrededor de ambos—. ¡No puedo hablar de estas cosas, todavía!

—Comprendo.

—¿Y qué me dice de usted? ¿Cómo se llama, dónde vive, a qué se dedica?

—Marietta von Krupp, Bonn, secretaria de dirección.

—Secretaria de dirección… Eso está bien. Quiere decir que trabaja en unos niveles interesantes, ¿no es así?

—En efecto.

—¿En qué empresa?

—¡Ssssst…! —Se llevó un dedo a los labios Marietta—. ¡Nadie debe saber que una secretaria de mi empresa está de vacaciones por su cuenta!

Andrei Kolnov rió la devolución de la broma, siempre mirando fijamente los ojos de la señorita von Krupp, la cual le correspondía cumplidamente. Es bien cierto que si hay alguien capaz de mentir con respecto al alma, ese alguien es un espía, pero… ¿se podía mentir tanto?

Mejor dicho: ¿era posible que a ella pudiera mentirle un espía, después de tantas y tantas experiencias?

Un camarero se acercó a la mesa para tomarles el pedido, que Kolnov dejó al gusto de Marietta. Ésta continuaba analizando al hombre que tenía delante. Sus manos eran… de artista. Largas, fuertes, nervudas, pero dotadas de una insólita delicadeza. Su musculatura correspondía a un hombre que la ha cuidado, pero no excesivamente; era más bien una musculatura natural que desarrollada a base de deportes o de gimnasia. Su carácter parecía apacible, pero se exaltaba fácilmente con frases más o menos ingeniosas, y sus inteligentes ojos oscuros escrutaban su entorno con interés y tolerancia…

Contacto apareció en el comedor cuando Marietta y Kolnov hacía más de diez minutos que habían comenzado a cenar. El agente de la CIA ni siquiera miró hacia la mesa de Marietta, que parecía dedicar toda su atención a escuchar a Alexander Guriov.

—Me parece que no me está escuchando —dijo de pronto el ruso.

—Sí, le estoy escuchando —murmuró ella—, pero la verdad es que me he distraído un poco porque de pronto he recordado que dejé en Bonn pendiente un pequeño asunto qué podría complicarme la vida si no llamo ahora mismo a la compañera que aceptó sustituirme… Es cuestión de unos minutos nada más.

—Pero… ¿va a llamar ahora mismo, en mitad de la cena?

—Es un buen momento para encontrar a Margit en su apartamento… Vuelvo enseguida.

Sin más, Marietta se puso en pie, y abandonó el comedor, tras una mirada de reojo a Contacto, que acababa de ocupar una mesa en solitario, como si jamás en su vida hubiera conocido a los dos jóvenes rubios ni a nadie más en el encantador balneario Le Soleil.

Marietta subió al segundo piso, y se acercó rápidamente a la puerta señalada con el número 217, que estaba cerrada, lo cual comprobó empujándola suavemente. Llamó a ella con los nudillos, y esperó en vano respuesta durante más de medio minuto.

Era evidente que Vladimir Strogof no se hallaba en su habitación.

¿Dónde estaba entonces el ruso encargado de localizar, capturar y si era necesario matar a Alexander Guriov y recuperar los documentos? ¿Dónde se había metido desde la última vez que ella lo viera en el vestíbulo aquella tarde?

En estas cavilaciones se hallaba Marietta, y sopesando también la conveniencia de entrar en la habitación utilizando su ganzúa, cuando distinguió el brillo de la placa metálica en el macetero que había a su izquierda en el pasillo, entre la puerta 217 y la 219. Se acercó al macetero, de unos setenta centímetros de altura, ancho, de gran capacidad, y que contenía unas hermosas aralias. Sobre la tierra estaba la placa metálica, de la que pendía una llave. En la placa metálica se leía el nombre del balneario Le Soleil y el número de la habitación a la que pertenecía: el 217.

La espía americana recogió aquella llave, regresó ante la puerta de la habitación de Strogof, introdujo la llave en la cerradura, y abrió. Entró rápidamente, cerrando la puerta tras ella. A la derecha estaba la puerta del cuarto de baño, que daba al corto pasillo que desembocaba en la habitación. Recorrió este corto pasillo tras echar un vistazo al interior del cuarto de baño, donde no había nada especial.

En el dormitorio tampoco había nada especial. Sencillamente, estaba vacío, todo ordenado, todo pulcro, como correspondía a un lugar que carece del calor de una persona determinada, de ese sello individual de permanencia, de ocupación. En la ventana, la luz del ocaso ponía una coloración encantadoramente malva. Una ventana desde la cual, sin duda, se veía el mar…

Marietta se acercó a esta ventana, pero sintiendo aquella… presión ya conocida que le proporcionaba la certidumbre de que

había cosas malas en el aire, en el ambiente.

Vio enseguida a Vladimir Strogof.

Estaba en el suelo, al otro lado de la cama, de modo que no podía ser visto desde la entrada al dormitorio. Yacía de espaldas sobre una exótica alfombrilla de color rosa, y bastaba simplemente verlo para comprender que estaba muerto.

Marietta se acercó, y se acuclilló junto al espía soviético, que se hallaba vestido normalmente, como a punto de salir, seguramente a cenar, o a tomar un aperitivo antes de la cena. Tal vez, incluso, el agente ruso habría pedido champán brut como aperitivo…

Pero ya no pediría jamás un aperitivo. No pediría nada. Si acaso, podría pedir que se le concediera la entrada en el paraíso, tras una dura vida dedicada al espionaje.

Le habían metido dos balas en pleno corazón, y la sangre que había brotado de la doble herida se extendía por la camisa de tono azul pálido formando una siniestra mancha en forma de exótica flor. Le tocó una mejilla, que encontró fría. Nada sorprendente: los muertos se enfrían rápidamente, mucho más rápidamente de lo que creen las personas que nunca han visto muertos y los han tocado.

Strogof tenía los ojos abiertos, y, desplazándose un poco, Marietta los miró de cerca. Conocía aquella expresión, aquella opaca luz que dejaba la muerte en las pupilas. Le sorprendió no hallar en el rostro de Strogof ninguna mueca, ya fuese de dolor, de rabia, de sorpresa… Esto le hizo imaginarse perfectamente la escena: simplemente, de repente, alguien había aparecido ante Strogof, y, sin darle tiempo a la menor reacción, le había disparado dos veces con una pistola provista de silenciador, matándolo en el acto.

Pero… ¿tan fácilmente habían sorprendido a un espía de la categoría de Vladimir Strogof? Para sorprenderle así, o bien le habían estado esperando en la habitación, o bien quien le había disparado estaba allí dentro con él, es decir, que era alguien a quien Strogof conocía.

¿Alexander Guriov, tal vez? ¿Quizá Strogof le había citado en su habitación para intentar llegar a un acuerdo con su colega ruso, a un buen entendimiento…, y Guriov le había asesinado? Esto era muy propio de los procedimientos que usaba Alexander Guriov, según se sabía en el mundillo del espionaje: no tenía conciencia, ni

consideraciones con nadie, ni piedad o compasión ni nada que se le pareciese…

Marietta von Krupp se imaginó a Guriov, es decir, a Andrei Kolnov, que la esperaba en su mesa para seguir cenando juntos, matando de este modo a su colega y compatriota Vladimir Strogof. No podía creerlo. No era ninguna ingenua, sabía muy bien hasta dónde es capaz de llegar cualquier ser humano en sus maldades y mentiras pero no conseguía imaginarse a Andrei Kolnov haciendo una cosa así.

Y de repente, recordó a Contacto, el hombre que la CIA había enviado a Le Soleil para llegar a un acuerdo con Alexander Guriov. ¿Se podía admitir que Contacto hubiera eliminado tan expeditivamente a Strogof mientras ella estaba paseando, a fin de evitarle problemas a Alexander Guriov y llevárselo a Estados Unidos con los documentos?

—Ya lo creo que sí —musitó Baby—… ¡Ya lo creo que sí que se puede admitir!

Se incorporó, y dirigió una mirada al armario. Vaciló entre echar una mirada a su contenido o desdeñarlo y votó por esto último, convencida de que nada de lo que encontrase tendría valor para el caso.

¿Qué podía encontrar? ¿Algunos pequeños trucos, o alguna insignificante prueba de que Vladimir Strogof había sido un espía ruso?

Salió de la habitación, cerrándola con llave. Tras breve vacilación fue a dejar ésta donde la había encontrado, pero un poco más oculta, de modo que no se pudiera ver a simple vista casualmente.

¿Y si aprovechara para ir a echar un vistazo a la habitación de Andrei Kolnov? Aquí sí que seguramente encontraría algo interesante…, suponiendo que el perverso Kolnov-Guriov fuese tan ingenuo como para dejar algo importante al alcance de cualquiera que entrase en su habitación. No, no debía de haber nada interesante realmente en la habitación de Andrei Kolnov, pues sin duda, antes de llegar al balneario el agente ruso se había asegurado muy bien de que los documentos quedaban en un lugar seguro para él.

No caviló más. Volvió a la planta del edificio, y, al poco, se

sentaba de nuevo frente a Andrei Kolnov, que la contempló especulativamente.

—¿Todo solucionado? —se interesó.

—Sí, afortunadamente. Espero no haber estropeado la cena con esta breve interrupción, Andrei.

—Es sólo una cena —sonrió el ruso—. Otra cosa sería interrumpir un acto de amor, pero una cena es sólo una cena.

—Y un acto de amor es sólo un acto de amor —rió Marietta.

—¿Le parece que es tan simple? Pero espere, permítame aclarar antes que al hablar de un acto de amor me estoy refiriendo a un coito entre hombre y mujer, naturalmente.

—Así lo he entendido.

—¿Y le parece que un acto de amor es… sólo un acto de amor?

—¿Qué otra cosa, si no? —Alzó las cejas Marietta, sirviéndose vino.

—Bueno, en mi opinión un acto de amor es algo tan hermoso que no puede ser humanamente valorado. Ya sé que para muchas personas el acto sexual es tan sólo una actividad física placentera, pero para mí hay algo más en eso.

—¿Por ejemplo?

—Digamos que el verdadero sentido de la Vida sólo puede… o podría comprenderse durante esos breves segundos de placer y felicidad. Y si el ser humano consiguiera mantener en su recuerdo permanentemente las sensaciones de esos pocos segundos no podría de ninguna manera hacer nunca nada nocivo para él ni para el resto de la Humanidad.

Marietta von Krupp contemplaba fijamente los oscuros ojos del soviético. De pronto, por los sonrosados labios de la espía pasó fugaz un gesto duro, y acto seguido dijo, secamente:

—Hay varios hombres en este comedor que a una señal mía te acribillarían a balazos, Alexander Guriov. ¿Me he explicado suficientemente claro?

Andrei Kolnov se pasó la lengua por los labios, parpadeó lentamente, y murmuró:

—Suficientemente claro.

—Muy bien. A partir de este momento vas a mantener tus manos completamente a la vista, y las moverás lentamente. Esto también está claro, ¿verdad?

—Sí.

—Perfecto. ¿Has traído los documentos?

—Puedo aportar los documentos sin problema alguno en el momento oportuno —asintió el ruso.

—O sea, que no los has traído al balneario.

—Claro que no.

—Es lógico. Muy bien, dentro de unos minutos podrás hacer lo necesario para recoger esos documentos de su escondrijo, y tal vez yo te permita viajar a Estados Unidos, o tal vez no te lo permita… Depende de cómo justifiques la muerte de Strogof. ¿Realmente era necesario matarlo?

Marietta se dio perfecta cuenta de que Kolnov había palidecido ligeramente, y esto sí la sorprendió.

—¿Quién es Strogof? —susurró Kolnov.

—¿No sabes quién es Vladimir Strogof?

—No. Ni he matado a nadie.

Marietta von Krupp hizo un gesto que expresaba fastidio y repulsa a la vez.

—Aclaremos esto —dijo casi de mal talante—: ¿Tú eres Alexander Guriov, que estás aquí utilizando el falso nombre de Andrei Kolnov?

—Sí.

—¿Y no sabes quién era Vladimir Strogof, nunca habías oído al menos hablar de él?

—No, nunca.

—Y por tanto, no sabes quién es, ni lo has matado esta tarde.

—Claro que no.

Marietta von Krupp estuvo unos segundos mirando fijamente de nuevo al soviético. Luego, sin prisas, terminó de cenar, y dijo:

—Si te mueves de esta mesa sin mi permiso eres hombre muerto, Guriov.

—No me moveré.

Marietta se puso en pie, y se dirigió hacia la salida del comedor. Al pasar relativamente cerca de Contacto lo miraba tan fijamente que éste alzó la mirada, cruzándola con la de la espía, que hizo un apenas perceptible gesto de autoridad.

Apenas un minuto más tarde, Contacto aparecía en el bar, a una de cuyas mesitas estaba sentada la espía. Fue a sentarse frente a

ella, y se quedó mirándola con sonriente expectación.

—Dígame el nombre de una ciudad —deslizó Contacto suavemente— en la cual una espía que es hoy muy importante en el espionaje mundial conoció a un agente de la CIA, al que salvó la vida, y con el cual ha estado teniendo contactos personales desde entonces.

—Buenos Aires.

—Estaba seguro de que era usted, pero ahora además de seguro estoy tranquilo. Convenga conmigo en que no podía correr el menor riesgo de equivocarme. Un error en una situación como ésta…

—Maldita sea —le interrumpió Marietta—, ¿por qué han tenido que matarlo?

—¿A quién? ¿Quién ha matado a quien?

—Ustedes han matado a Alexander Guriov.

Contacto palideció intensamente.

—¡Claro que no! —exclamó.

—Sería una estupidez que me mintiera, Simón.

—¡Pero qué mentira ni qué…! ¡Nosotros no hemos matado a nadie en este lugar! ¿Cómo demonios había de matar al hombre que tenía que llevar a Estados Unidos con una serie de documentos y una información importantísima de primera mano? ¡Usted no puede considerarme tan bestia… ni tan imbécil!

—Tranquilícese. ¿Ha visto por aquí a Tristón? Ya sabe, el hombrecillo de la cara macilenta.

—No… No.

—Él tampoco aparece por el comedor. Me pregunto si está muerto también.

—Pero… ¿quién es ese Tristón? Quiero decir, su nombre verdadero.

—No tengo ni idea. Pero usted se va a enterar cuanto antes… Y no importa que sea mucho o poco discreto, pues el juego ha comenzado. Evidentemente, en este balneario nos hemos reunido más espías de los que sería de desear, y no menos evidentemente, todos queremos a Guriov y su documentación. En estos momentos, quien más riesgo está corriendo soy yo, que me estoy dejando ver demasiado con él… A muchos colegas nuestros no les habrá gustado que yo cene con Alexander Guriov…, y al mismo tiempo les habrá hecho sospechar que, por muy alemán que sea el nombre que estoy

utilizando, soy de la CIA. Esto puede precipitar los acontecimientos, de un momento a otro se puede organizar uno de eses estúpidos tiroteos entre espías impacientes de poca categoría, así que tengan mucho cuidado…, y no me pierdan de vista a Guriov.

—No quisiera estar en el pellejo de ese hombre en estas circunstancias: algunos colegas nuestros, viendo que no pueden llevárselo con ellos, son perfectamente capaces de acribillarlo a balazos. Si no es para ellos, que no sea para nadie, pensarán… Y otra cosa: ¿no ha podido ser Guriov quien ha matado a Strogof?

—No. Ese hombre no ha matado a nadie.

—¿Cómo, a nadie? —sonrió fríamente Contacto.

—Quiero decir, a nadie en este lugar, cuando menos.

—¿Qué está tratando de decirme?

—Vaya a obtener información sobre Tristón, pásemela, y luego ordene a los muchachos que no pierdan de vista a Alexander Guriov. Yo le espero en la mesa con él.

Marietta salió del bar, regresando al comedor, donde Andrei Kolnov seguía sentado a la mesa: degustando un postre flambeado con evidente placer.

Miró a Marietta, sonrió levemente, y luego hizo un gesto apenas perceptible hacia la mesa que ocupaban los dos jóvenes Simones.

—Sus amigos no me han quitado el ojo de encima.

—¿Dónde tiene la documentación? —inquirió Marietta secamente.

—En lugar seguro.

—Estoy convencida de ello. Se trata de ir a recogerla y partir hacia Estados Unidos. ¿No es eso lo que usted quiere?

—Sí.

—Muy bien. Dentro de unos minutos saldremos de aquí, y partiremos en busca de la documentación. Pero sería interesante que me dijera ahora dónde está, por si eso pudiera alterar la ruta que tengo pensada.

—Creía que éramos mejores amigos —sonrió el ruso—, incluso habíamos llegado a tutearnos.

—De acuerdo. ¿Dónde tienes la documentación?

—Tanta insistencia me hace pensar que algo no va a funcionar bien para mí. Por ejemplo, se me ocurre que una vez tengáis la documentación podéis llegar a la conclusión de que no es necesario

cumplir lo acordado por vuestra parte.

—No seas estúpido. Lo que sí podría ocurrir es que te eliminaran agentes de otros servicios secretos. Francamente, colega, tu fama no es precisamente admirable entre los de la profesión, supongo que te haces cargo de eso. Además, has cometido demasiados crímenes innecesarios, y, en general, tu comportamiento en el juego ha sido siempre de maldito bastardo… Eres, en suma, todo lo opuesto a mí, es decir, que mientras a mí me respetan nuestros colegas a ti te mataría cualquiera de ellos gustosamente en cualquier momento, sin importarle perderse documentos más o menos… ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Alexander Guriov tragó saliva. Estaba pálido.

—Pero… ¿quién eres tú? —susurró—. ¿Por qué a ti te respetan y a mí me odian?

—A estas alturas, sabes perfectamente quién soy yo. Y tienes que saber perfectamente por qué a mí me respetan y a ti te odian. Acabo de decírtelo: no eres más que un maldito asesino, una escoria del espionaje. Amiguito, a ti no te quieren ni siquiera tus compatriotas rusos.

—No es cierto —jadeó Guriov—… ¡Eso no es cierto!

—Camarada —movió la cabeza la espía americana—, eres el tipo más sorprendente de la extensa galería de personajes que componen mis recuerdos.

»Y métete esto en la cabeza: no me fío de ti, nadie se fiaría de ti, y si alguno de nuestros colegas de otro servicio te elimina, francamente, no podré ser demasiado dura con él. La gente como tú no merece vivir.

Alexander Guriov, que para sorpresa de Marietta estaba cada vez más pálido, iba a decir algo, pero en ese momento apareció Contacto en el comedor.

Sin disimulo alguno el agente americano se acercó a la mesa, se inclinó un poco hacia Marietta, y dijo:

—Helmut Grubber, de Alemania Oriental. Ocupa la habitación 314, y hace cuatro días que está en el balneario. Según parece está aquejado de una dolencia hepática, de modo que toma las aguas adecuadas en busca de mejoría de salud.

—Ahora comprendo por qué tiene una cara tan macilenta y una mirada tan triste. ¿Dónde está ahora?

—Nadie lo sabe.

—Vaya a echar un vistazo a su habitación. Luego, visiten también la de Vladimir Strogof, a ver si encuentran alguna pequeña cosa, en lo cual yo no podía invertir tiempo ni quise molestarme. Cuando terminen, vengan a reunirse con Guriov y conmigo en la habitación de él, la 319. Ah, para entrar en la de Strogof no hace falta que se compliquen la vida: la llave está en el macetero junto a la puerta, entre las hojas de la planta.

—De acuerdo —Contacto titubeó, y murmuró—… Tenga cuidado: si se han cargado a Strogof no tendrán inconveniente en hacer lo mismo con usted. Quieren a Guriov, y todos harán todo lo que sea para conseguirlo. Y si ven que se lo ponemos demasiado difícil se la cargarán a usted y a él. No estamos precisamente en una recepción donde se baila el vals, todo esto tiene que estar lleno de gente dispuesta a matar a Guriov a la menor oportunidad.

—Él y yo sabremos cuidarnos —dijo Marietta—… ¿Verdad, Alexander?

—Un momento —jadeó Guriov-Kolnov—… ¡Un momento, quiero decirles algo!

—Le escuchamos muy atentamente —aseguró Marietta.

—Yo no soy Alexander Guriov.

Marietta y Contacto se quedaron mirándolo fijamente durante unos segundos, como si no le hubieran oído. Por fin, Marietta miró a Contacto, y dijo:

—Hagan su parte. Y tú y yo, amiguito, seas quien seas, vamos a charlar a tu habitación.

Capítulo V

—Muy bien —dijo fríamente Marietta von Krupp, sentándose frente a Alexander Guriov—, explícame eso de que no eres Guriov.

Andrei Kolnov asintió con la cabeza. Estaba… o parecía estar asustado, y si fingía había que admirar sus grandes cualidades de comediante, pues incluso permanecía pálido, tensas las facciones. Marietta von Krupp le contemplaba inexpresivamente. Habían entrado en la habitación 319 hacía unos segundos, y enseguida ella le había señalado a Guriov-Kolnov uno de los sillones y había ocupado otro. El tiempo quizá no fuese oro, pero era vida…, y la vida hay que aprovecharla… mientras dure.

—No sé por dónde empezar —murmuró Kolnov-Guriov.

—Puedes empezar, por ejemplo, diciéndome quién eres, si no eres Guriov. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Piotor Mergulev.

—Piotor Mergulev —repitió la espía americana, que parecía asistir a una función de teatro—… Muy bien. ¿A qué te dedicas, Piotor?

—Soy pianista.

—Pianista —repitió de nuevo Marietta; y de pronto, sonrió—… Zambomba, esa sí es una profesión que me gusta muchísimo. O sea, vamos, que tú sabes tocar el piano.

—Claro.

—Ya. Pianista. ¿Qué te parece? Resulta que creo hallarme ante un terrible asesino parapetado en su profesión de espía, y resulta que estoy tratando con un pianista, o sea, un ser al que debemos suponer sensible, delicado, incluso posiblemente romántico…, y por supuesto culto, inteligente, refinado… Pianista, qué te parece.

—Te estás burlando de mí.

—Puedo hacerte cosas mucho peores que burlarme de ti. Pero sigamos. Muy bien, eres pianista y te llamas Piotor Mergulev. ¿Qué

más? Por ejemplo: ¿dónde resides habitualmente?

—En Leningrado.

—En Leningrado. Claro. Un artista tiene que vivir en Leningrado… Es una hermosa ciudad. Estuve allí hace unos años, y me quedé fascinada contemplando la Catedral y Fortaleza de Pedro y Pablo…, aunque lo que más me impresionó, de verdad, fue el Palacio de Invierno. Y me encantó el paseo por Nevsky Prospekt. Lo que no termina de gustarme de Leningrado es el nombre. Me gustaba más el de antes: San Petersburgo.

—A mí también.

—Pues ya coincidimos en algo. Bueno, veamos, eres pianista, estabas disfrutando de tu arte y tu profesión en San Petersburgo…

—Nada de eso —masculló Piotor Mergulev—… No disfruto de nada como sería de desear, pues no soy más que un pobre pianista sin nombre que toca en una orquestucha en una sala de fiestas. No soy nadie.

—Pues de no ser nadie a ser Alexander Guriov, te aseguro que se trata de un gran cambio. Dime cómo pasaste a ser Alexander Guriov.

—Un hombre me abordó hace un par de semanas cuando salía de la sala de fiestas y me dirigía hacia mi domicilio. Me preguntó si quería ganar una buena cantidad de dinero y disfrutar de unas vacaciones gratis en el sur de Francia. Al principio creí que era un chiflado bromista, pero finamente le escuché con atención. Me dijo que debía ocupar el puesto de otra persona, de un espía llamado Alexander Guriov, pero que llegaba al lugar en cuestión con el nombre y documentación de Andrei Kolnov…, documentación que él mismo me facilitaría. Dijo que no había peligro alguno, que sólo se trataba de una… transacción en la que debía intervenir él, pero que prefería que yo ocupara su lugar y él mientras tanto estudiaría la situación hasta convencerse de que los americanos no tenían preparada ninguna trampa. Entonces, él se dejaría ver, me daría el resto del dinero, se haría cargo del asunto, y yo podría hacer lo que me viniera en gana durante los días restantes del viaje. Mientras él vigilaba yo debía conversar con los americanos como si tuviera unos documentos muy importantes y estuviera deseando irme a Estados Unidos… Me dio toda una serie de instrucciones. Estuvimos mucho rato charlando. Al día siguiente, nos volvimos a ver, y él me

entregó la mitad de la suma ofrecida y la documentación a nombre de Andrei Kolnov, preparada con una fotografía mía que yo le había entregado la noche anterior. La verdad es que yo estaba un poco… asustado, pero me dijo que era algo que significaba un gran servicio para Rusia… Me convenció, eso es todo. Lo que no era demasiado difícil: yo estaba loco por viajar por Europa, pero no tenía dinero ni oportunidades. Y de pronto, me encontraba con la oportunidad clarísima, gastos pagados, y además cincuenta mil dólares americanos. ¡Yo no podía rechaza una cosa así!

—No sé si echarme a reír o ponerme a llorar —dijo Marietta—… ¿Realmente no te das cuenta de que acabas de contarme la historia más descabellada que se le pueda ocurrir a un espía? Hace cuarenta años quizá pudiera ocurrir una cosa así en la profesión del espionaje, pero hoy en día, amiguito, eso no ocurre ni en las películas.

—¿Quieres decir que no me crees?

Marietta von Krupp soltó un bufido, y preguntó:

—¿Cómo era el hombre en cuestión? ¿Dijo claramente llamarse Alexander Guriov?

—Sí, sí. Era más o menos como yo de alto, y seguramente era aproximadamente de mi edad…

—¿Seguramente? ¿Qué quieres decir?

—Es que no pude verlo bien, pues iba muy barbudo, y llevaba unas gafas grandes de cristales oscuros, y se subía el cuello del gabán… Creí que tenía frío, pues aquella noche era bastante fresca, pero al día siguiente apareció igual, aunque no había para tanto… Era bastante difícil verlo bien… ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —Consiguió salir de su pasmo Marietta—. Te lo diré de esta manera: si semejante historia se la estuvieras contando a un espía de los que yo llamo quisquillosos, ya te habría cortado el cuello. Pero vamos a ver, hombre, vamos a ver: ¿de verdad esperas que alguien te crea un cuento como ése?

—No es ningún cuento. Es la verdad.

Marietta volvió a mover la cabeza.

—¿Tienes alguna documentación a nombre de Piotor Mergulev, es decir, a tu verdadero nombre?

—Claro, pero no aquí, sino dentro del maletín que Alexander me entregó conteniendo los documentos. Convinimos en que cuando él

tomase el asunto a su cargo yo le entregaría el maletín después de retirar mi documentación, y desaparecería.

—¿Tú viste esa documentación?

—Sí.

—¿En qué consistía?

—Eran papeles con cosas escritas a mano.

—¿Leíste algo?

—No.

—¿No tuviste curiosidad?

—Un poco, pero no quería hacer enfadar a Guriov, pues él ya me había advertido que no debía leer ni tocar nada, y que sólo debía abrir el maletín en el momento en que debiera retirar mis cosas para después entregárselo. Yo le dije que sería mejor que algo que parecía tener tanto valor lo llevase él mismo, pero dijo que ni hablar, que él no podía desplazarse llevando maletines ni nada que pudiera atraer la atención hacia él. En cambio, yo, que era un simple viajero ruso que llevaba maletas y todo eso, podía perfectamente llevar un maletín tan poco llamativo, con las demás cosas. De modo que así lo hice. Cuando salí de Rusia metí en el maletín mi documentación, y comencé a utilizar la que él me había facilitado a nombre de Andrei Kolnov. Al llegar al sitio convenido dejé el maletín con los documentos y mi documentación, y seguí el viaje hasta aquí.

—¿Está muy lejos de aquí el lugar donde dejaste el maletín?

—No. Está en un compartimiento para guardar equipajes en la estación del ferrocarril de Niza.

—¿En qué compartimiento?

—Tengo la llave en mí maleta. Y también la del maletín.

—Veámoslas. Pero, Piotor, ten cuidado con lo que intentas sacar de la maleta. En un segundo puedo meterte una bala en tu fértil y asombroso cerebro.

—¿Insistes en no creerme?

—Te aseguro que conozco historias verdaderamente fantásticas de espionaje, pero lo tuyo es alucinante. ¿Creerte? Amiguito, ni siquiera acabo de creer que realmente he oído lo que he oído. Saca esas llaves.

Piotor Mergulev abrió el armario, sacó una de sus dos maletas, y la colocó sobre la cama. Cuando miró a Marietta, ésta le apuntaba a

la cabeza con una pequeña pistola que parecía de juguete, pero con un pulso firmísimo y una mirada que hizo comprender a Piotor que ella lo vería todo, hiciera él lo que hiciera.

Pero lo que realmente hizo Piotor Mergulev fue sacar varios paquetes de cigarrillos de la marca Gitanes, de los cuales seleccionó uno, lo desprecintó y abrió, y de su interior sacó dos llaves, que mostró en alto.

—La más pequeña es la del maletín —murmuró—… Y hay que utilizarla con cuidado…, quiero decir sin brusquedades, sin forzar nada.

—¿Por qué?

—Porque dentro del maletín hay una carga reducida de napalm, que explotaría si alguien abriese el maletín forzándolo de alguna manera, es decir, sin utilizar la llave. Eso está pensado para que los documentos quedasen incinerados antes de ir a parar a manos de personas indeseables.

—Indeseables —repitió una vez más Marietta, que no conseguía salir de su grandioso pasmo—… ¿Él dijo eso? ¿Alexander Guriov dijo eso, indeseables?

—Sí.

La mirada de la espía americana iba de las llaves al rostro de Piotor Mergulev y viceversa. De pasmo total. La historia más insólita jamás contada.

Sonó la llamada a la puerta, y Marietta, sin dejar de mirar a Mergulev, autorizó la entrada. Entraron Contacto y los dos jóvenes Simones, que inmediatamente sacaron sus armas y apuntaron a Piotor Mergulev, mientras Contacto cerraba rápidamente la puerta y exclamaba:

—¿Qué ocurre?

—Tranquilos. Pero echen un vistazo a las cosas de nuestro… amigo que no se llama Alexander Guriov, ni Andrei Kolnov, sino Piotor Mergulev. ¿A que no adivinan cuál es la profesión del camarada Mergulev?

—¿Astronauta? —deslizó sarcásticamente Contacto.

—Todavía más bonita que astronauta: es pianista. Pero pianista de sala de fiestas, de esos que hacen ruido, ¿verdad, Piotor?

—De algo se ha de vivir. Pero a mí a quien realmente me gusta interpretar es a Mozart.

—A Mozart —repitió una vez más Marietta.

—Pero… ¿qué dice este sujeto? —masculló el joven Simón.

—Ha dicho que le gusta Mozart —dijo el otro—. ¿Eres sordo?

Piotor Mergulev iba mirando de uno a otro espía, cada vez más visiblemente inquieto. Marietta le hizo una seña para que se sentara de nuevo en el sillón. Simón I y Simón II comenzaron el perfecto, meticuloso, sistemático registro de todas las pertenencias de Piotor Mergulev, alias Andrei Kolnov, alias Alexander Guriov. Marietta, miró a Contacto, que estaba encendiendo un cigarrillo, y le hizo señas pidiéndole uno para ella, al tiempo que inquiría:

—¿Qué han encontrado?

—Tenemos dos sorpresas para usted —dijo Contacto—. Una, su macilento personaje, Tristón, por mejor nombre Helmut Grubber, ha desaparecido con todas sus escasas pertenencias.

—¿Y dos?

—Si en lugar de habérmelo dicho usted, fuese otra persona la que me hubiera dicho que vio muerto a Vladimir Strogof, no la creería.

—¿El cadáver no está? —Intuyó velozmente Marietta.

—No está. Tampoco están las cosas de Vladimir Strogof.

—Es decir, que Helmut Grubber y Vladimir Strogof se han… convertido en humo.

—Digámoslo así —asintió Contacto—. ¿No le parece fantástico?

—¿Fantástico? —Exclamó Marietta—. Yo le voy a contar a usted algo verdaderamente fantástico: Es la historia de cierto pianista que cierta noche, al salir de su trabajo en una sala de Leningrado fue abordado por un sujeto barbudo y con gafas de cristales oscuros…

Cuando Marietta terminó la historia que a ella le había explicado poco antes Piotor Mergulev, había conseguido dos cosas: una, efectuar puntualizaciones que antes se le habían escapado; dos, sumir en el más absoluto pasmo a los tres hombres de la CIA que la escuchaban. Piotor Mergulev permanecía en silencio, con expresión entre enfadada y preocupada.

—La madre que lo parió —dijo finalmente Contacto—… ¡Y encima se atreve a tomarnos el pelo!

—¿Qué quiere decir?

—¡Vamos…! ¿Quién puede creer semejante historia? Lo de los documentos importantes me huele a que se ha buscado un cebo

para que sintamos interés por él y lo pasemos a Estados Unidos, pero esto ya es demasiado. ¡Qué Mergulev, ni qué… gaitas fritas! Este tipo es Alexander Guriov, eso es todo, y se ha inventado la comedia más fantástica jamás contada.

—No soy Alexander Guriov —dijo Piotor Mergulev.

—Compadre —dijo fríamente Simón II—, hace falta imaginación para urdir una historia como esa, pero allá usted. Ahora bien, no insista en pretender que nos la traguemos, ¿de acuerdo? Usted es Guriov, y no hay más que hablar.

—Ya lo creo que sí hay más que hablar —dijo Simón I—. Él es quien sin duda mató a Vladimir Strogof. Y por supuesto, hizo lo mismo con Helmut Grubber, que debía de ser de la BND y andaba metiendo las narices por todas partes.

—¿Y también yo hice desaparecer sus cadáveres? —inquirió Mergulev.

—Eso no, porque lo teníamos controlado. Pero evidentemente, está rodeado de cómplices que le secundan en la sombra. Maldita sea, ¿qué demonios es lo que pretende usted realmente?

—Se lo diré —suspiró Piotor Mergulev—: daría cualquier cosa por estar ahora en mi club, tocando esa deleznable música para cretinos. Con eso, me conformaría.

—Me parece —sonrió Marietta, al parecer divertida— que nuestro amigo Piotor se las ve venir muy feas. Pero no nos pongamos nerviosos… Tenemos al hombre y tenemos las llaves de un maletín que contiene una documentación de un simpático pianista llamado Mergulev, y unos documentos que nos traen de cabeza a todos. La solución es bien simple: nos vamos todos a Niza, retiramos el maletín del compartimiento de la estación Saint Charles de la Avenue Thiers, y examinamos su contenido. ¿Alguna duda, alguna objeción, alguna observación?

—Yo tengo de todo eso —murmuró Contacto—: ¿qué cree usted que harán nuestros colegas de otros servicios que están emboscados en el balneario cuando vean que nos largamos todos llevándonos a Alexander Guriov?

—Verdaderamente —sonrió Marietta—, eso es una duda, una objeción y una observación, todo a la vez… ¿Qué harán nuestros colegas? Supongo que no les va a gustar que nos llevemos el premio de la feria, pero… ya saben todos que en espionaje unas veces se

gana y otras se pierde, unas veces ganan unos y otras veces ganan otros. En esta ocasión nos ha tocado a los de la CIA ganar, así que… no tendrán más remedio que aguantarse.

—¿Y si no se aguantan y se ponen… desagradables?

—Que se atengan a las consecuencias. De todos modos, vamos a intentar que las cosas no resulten demasiado desagradables. Veamos… ¿Acaso alguien puede sorprenderse ante el hecho simpático de que dos atractivos jóvenes como Andrei Kolnov y *Fraulein* von Krupp, que han cenado juntos, se dispongan luego a llegarse a Niza a tomar unas copas, o bailar un rato, o ir a jugarse unos cuantos francos al Casino?

—Desde luego que no —sonrió Contacto.

—Pues eso es lo que vamos a hacer Piotor y yo…, quiero decir Andrei Kolnov y yo. Y dadas las circunstancias me permito suponer que nuestro amigo Kolnov colaborará en el sencillo plan. ¿Me equivoco, Andrei?

—No soy Andrei —replicó adustamente el ruso—. Ni soy Guriov. Soy Piotor Mergulev, ya lo he dicho.

—¿Significa eso que se niega a colaborar? —inquirió Contacto.

—¿Negarme a colaborar? ¡Je, ésta es buena! ¿Cómo voy a negarme? Estoy rodeado de espías por todas partes, medio mundo se alegraría de mi muerte, y todo lo que puedo hacer yo es o seguirles la corriente a ustedes o exponerme a males mayores…, si es que hay algún mal peor que morir. Maldita sea su estampa, americano de los demonios, ¿cómo diantre podría negarme a colaborar?

—Es un hombre muy consecuente y muy inteligente —murmuró Marietta von Krupp—. Muy bien, en marcha hacia Niza…

Capítulo VI

La pequeña comitiva utilizó dos coches.

En uno de ellos, a cierta distancia del primero, iban Contacto y los dos jóvenes Simones. En el dicho primero, iban Marietta von Krupp y Andrei Kolnov, conduciendo éste. El coche había sido alquilado por medio de los servicios suplementarios del balneario. Eran las ocho y media de la noche, pero todavía quedaba en el cielo un recuerdo del último resplandor morado del sol. Las estrellas, nítidas, parecían flotar sobre el mar, a la izquierda de la marcha del vehículo, que circulaba por la carretera costera. Lejos, se veía el resplandor reciente del faro de Cap Ferrat.

—¿Hace mucho que eres espía? —preguntó de pronto Kolnov. Marietta le miró una vez más entre divertida y mosqueada.

—Lo has preguntado del mismo modo que me habrías preguntado si hace mucho tiempo que soy bailarina —dijo jocosamente—… Piotor: eres en verdad un sorprendente producto humano, puedes creerme.

—Ya entiendo. Eres tú quien no me cree a mí.

—No insistamos en ese tema. Siempre he detestado conversar de tonterías: prefiero la magnificencia del silencio.

Marietta echó una mirada al retrovisor exterior de su lado, y divisó las luces recién encendidas del coche de los Simones. Todo parecía tranquilo, como si jamás hubiera habido problemas y jamás fuese a haberlos. Con frecuencia, se cruzaban con vehículos que iban en sentido contrario, es decir, en dirección a Montecarlo. Hermoso lugar la Costa Azul…

Bipbipbip, sonó la radio en el bolso de mano de Marietta. La sacó rápidamente, y atendió la llamada.

—¿Sí?

—Nos está siguiendo un coche —oyó la voz de Contacto—. ¿Lo inutilizamos?

—No. Vamos a esperar un poco, por si fuese un error.

—Soy gato viejo. No hay error.

—Esperaremos un poco. Dentro de un par de minutos pasaremos junto a un cruce hacia el interior. Si después de pasado ese cruce ese coche continúa detrás de ustedes, avíseme.

—De acuerdo.

Marietta cerró la radio, pero no la guardó. Piotor Mergulev le dirigía miradas que parecían entre admirativas y asustadas. Marietta pensó una vez más que la calidad interpretativa de aquel hombre era fuera de lo corriente. O eso, o en realidad era Piotor Mergulev. Y entonces… ¿dónde estaba el verdadero Alexander Guriov? La lógica indicaba que debía de estar muy cerca de todos los que intervenían en el asunto, esperando su momento de intervenir, es decir, de rescatar de manos de Piotor Mergulev los documentos cuando fuese el momento oportuno, es decir, cuando considerase que podía hacer contacto directo con los americanos sin correr riesgos innecesarios. Muy astuto el tal Alexander Guriov. Incluso era posible que fuese él quien viajaba en el coche que había despertado las sospechas de Simón-Contacto…

La radio de Marietta volvió a sonar.

—¿Sí? —contestó en el acto.

—Se nos están acercando rápidamente… Tengo la impresión de que pretenden alcanzarnos y no me sorprendería nada que incluso nos atacaran para quitarnos de en medio y alcanzarla a usted… ¡Ya nos están disparando!

—Repliquen —dijo rápidamente Marietta, volviéndose en el asiento—… ¡No tengan consideraciones!

Por la pequeña radio tanto Marietta como Piotor oyeron perfectamente una maldición de uno de los jóvenes Simones, y acto seguido los chasquidos de varios disparos con silenciador. Vuelta en el asiento, Marietta podía divisar ahora, en un corto tramo recto, la escena. Por entre luces de faros distinguió algunas pinceladas de tono rojizo que señalaban la posición de los disparos… Una de las abundantes curvas de la carretera costera ocultó de repente la escena a sus ojos. Todo reapareció a los pocos segundos. El coche de los Simones estaba más cerca del que conducía Piotor, el otro coche se había acercado más. Seguían los disparos… De pronto, el coche perseguidor se desvió a la derecha, y embistió la pared de tierra que

cerraba la carretera por ese lado. Las luces apuntaron hacia el cielo. Otra curva, y Marietta de nuevo perdió de vista la escena. Casi enseguida, recuperó la visión del coche de los Simones…

El otro coche no apareció.

—Simón —llamó Marietta por la radio, todavía abierta—… ¡Simón!

—Tranquila —gruñó Contacto—: asunto solucionado. Se han quedado besando la montaña. Iban tres hombres en ese coche. Si quiere, damos la vuelta a ver si nos enteramos de algo…

—Claro que no —cortó Marietta—. No nos interesa quiénes sean. Además, el coche quizá sea robado o alquilado, y no nos enteraríamos de nada. Olvídenlo… ¿Qué te pasa?

La pregunta, un grito más bien, iba dirigido a Piotor Mergulev, que había efectuado una brusca maniobra de modo que el coche pareció a punto de llegar a la pared como dispuesto a intentar la escalada. La brusquedad de la maniobra fue tal que Marietta perdió la radio y casi fue a caer al asiento de atrás. Todavía no había conseguido recuperar la estabilidad cuando Piotor frenó, tan bruscamente que ahora Marietta salió disparada hacia delante y se golpeó fuertemente de cara contra el cristal parabrisas.

Rebotó lanzando un grito de dolor, pero al instante siguiente había recuperado el equilibrio totalmente, y su pequeña pistola apuntaba al rostro de Piotor Mergulev. Él estaba lívido, y la miraba. Sin darle tiempo a decir nada, señaló hacia delante. Marietta miró hacia allí, y vio el coche cruzado en medio de la carretera, con todas las luces apagadas…

—¿Qué pasa? —Se oía la voz de Simón-Contacto—. Baby, ¿qué ocurre?

—Hay un coche cruzado en la carretera. Y parece que no hay nadie dentro, de modo que nos han preparado una emboscada a pie. Tengan cuidado con…

En aquel mismo instante aparecieron dos hombres por detrás del coche detenido cruzado en la carretera. La luz de las estrellas se reflejó en los largos cañones de potentes rifles, que apoyaron en el techo del coche. En el insólito silencio de aquel momento en la carretera, se oyó la potente voz de uno de los hombres indudablemente dando órdenes, pero en un idioma que Brigitte no entendía. Sabía que era checoslovaco, pero eso era todo.

Marietta dio una respuesta que no necesitaba ninguna clase de traducción ni conocimientos idiomáticos especiales: se asomó por la ventanilla, y disparó por tres veces con su pistola, para incredulidad y espanto de Piotor Mergulev.

La réplica de los dos sujetos armados de rifles fue inmediata; dos balas rebotaron en alguna parte del coche, mientras Piotor se encogía detrás del volante. Marietta saltó fuera del vehículo, y se tiró al suelo todo lo avanzado que pudo, de modo que salió del ángulo de tiro de los dos sujetos. Por detrás de ella aparecieron las luces de un coche, que supuso y ciertamente deseó que fuese el de los Simones.

Mientras tanto, uno de los hombres salió de detrás del coche cruzado en la carretera, y Marietta le vio buscar su objetivo.

Plop, disparó su pistolita.

El hombre dio un grito, giró, cayó sentado soltando el rifle, e inmediatamente se desplazó a toda prisa sobre las manos y las rodillas buscando de nuevo la protección del coche. El que conducían los Simones llegó junto al de Marietta y Piotor, y los dos jóvenes Simones se apearon inmediatamente, uno de ellos armado con pistola y el otro con metralleta, con la que disparó una ráfaga que acribilló el coche de los dos adversarios. Se oyó un grito. Por detrás del coche cruzado en la carretera aparecieron las luces de otro vehículo, lo cual era más normal que aquella soledad en una carretera tan concurrida.

—¡Cúbreme! —Gritó el Simón de la pistola—. ¡Voy a por ellos!

—¡No! —Ordenó Marietta, todavía en el suelo—. ¡Vuelvan al coche, y aparten ese de ahí en medio como sea!

—¡Pero se van a escapar…!

—¡No nos importa eso! ¡Vuelvan al coche!

Simón I y Simón II volvieron al coche, y Contacto, que manejaba ahora el volante, arrancó, puestas las luces largas, que iluminaron abundantemente el vehículo cruzado. Marietta, ahora de pie, alcanzó a ver dos siluetas corriendo, una de ellas cojeando aparatosamente. Corrió a sentarse dentro de su coche, en el interior del cual Piotor Mergulev seguía encogido.

—Enderézate —ordenó jadeante la espía—… ¡Vamos, tenemos que seguir adelante hacia Niza!

Al otro lado del coche cruzado se había detenido el que llegaba

procedente de Niza, y se oía su claxon pidiendo paso. El coche de los Simones llegó ante el de los agresores, y lo empujó, sin choque violento, pero con fuerza. Se oyeron más sonidos de claxon, gritos, chirriar de neumáticos, el crujir de los pulverizados cristales sobre el asfalto. El coche fue apartado lo suficiente, y el de los Simones pasó, pero deteniéndose enseguida a un lado. Demudado el rostro, Piotor Mergulev condujo hacia el hueco conseguido, y pasó rozando el coche de los Simones. Llegaban más coches procedentes de Niza, y, por detrás de Marietta y Piotor, otros coches que se dirigían hacia Niza. La confusión era terrible.

—Vamos, sigue… ¿Qué estás esperando?

Piotor tragó saliva, y apretó el acelerador. Detrás de él se colocó de nuevo de escolta el coche de los Simones.

Atrás quedó un nudo de tráfico y una confusión tremenda. Para cuando de alguna manera se pusiera fin a ella, los protagonistas de lo sucedido, tanto de uno como de otro bando, ya estarían muy lejos…

* * *

Gare Saint Charles, Avenue Thiers, Niza.

Piotor detuvo el coche delante mismo, muy cerca de la señal que prohibía aparcar en aquel lugar.

Eran más de las nueve y media de la noche.

—Vamos —dijo Marietta.

—Pero no… no podemos dejar el coche aquí…

—¿Por qué no?

—Pues… nos pondrán una multa, o se lo llevará una grúa…

La espía se quedó mirando realmente absorta al personaje que había movilizado a tantos espías de toda Europa dispuestos a todo, especialmente a lapidarlo fuese como fuese. La idea de que el verdadero Alexander Guriov había sabido jugar a su conveniencia comenzó a ser admitida por la espía americana. Sí, había que admitir la lógica de todo aquello: Alexander Guriov sabía qué difícil podía ser todo en el balneario, y se había buscado un cabeza de turco que recibiese todos los golpes…, mientras él permanecía al acecho siempre, esperando el momento oportuno para intervenir y conseguir sus propósitos.

De nuevo la pregunta: ¿dónde estaba Alexander Guriov? Marietta suspiró, y dijo:

—Si nos ponen una multa, la pagaremos. Y no se va a llevar el coche ninguna grúa municipal porque no le daremos tiempo. Sólo se trata de recoger el maletín, ¿no es así?

—Sí… Claro.

—Pues vamos allá, si te parece bien.

Por detrás llegó el coche con los Simones, que Piotor vio por el retrovisor. Se apeó. Marietta lo hizo por el otro lado. Más atrás, se apearon del abollado coche de la CIA Simón-Contacto y Simón I y Simón II. Estos dos últimos se apresuraron a entrar en la estación de Saint Charles, talmente como un *bulldozer* dispuestos a limpiar el camino de obstáculos. Sólo unos pocos segundos después se adentraron en la estación Marietta y Piotor. Cerrando la marcha, protegiendo la espalda de la espía, Simón-Contacto, mirando sin aspavientos pero sin disimulos a todos lados.

Se anunciaba la salida de un tren que tenía su llegada a París a las ocho y veinte minutos de la mañana. No había mucha gente en la alargada sala de espera. Marietta divisó la zona donde se hallaban los compartimientos de alquiler, y miró a Piotor, que también miraba hacia allí. Un poco alejados de ellos, ambos con la mano derecha metida en el bolsillo de ese lado del pantalón, Simón I y Simón II vigilaban tan atentamente como Simón Contacto.

Todo parecía tranquilo, todo normal.

En cuestión de segundos Marietta y Piotor se hallaban frente a los casilleros. Piotor buscó el suyo, introdujo la llave, abrió la compuerta, y quedó visible el maletín. El ruso alzó la mano dispuesto a recogerlo…

—Espera —ordenó Marietta.

Él la miró. Marietta lo apartó, se acercó, y miró hacia el interior del compartimiento. Allí estaba el maletín y nada más que el maletín, eso era todo. No parecía que hubiese nada más, nada extraño. Es decir, que sólo tenían que recoger al maletín y marcharse. Asunto terminado.

Marietta von Krupp sabía que no era así…, que no podía ser así. Eran demasiados años de espionaje para no intuir que en alguna parte estaba la trampa. Pero esa trampa no podía ser que el maletín explotase al retirarlo del compartimiento. Esto no tendría objeto,

tanto si lo había planeado Piotor Mergulev, que sería el primero en morir, como si lo había planeado el verdadero Alexander Guriov, que no ganaría absolutamente nada con ello.

Marietta se apartó.

—Está bien —dijo—: sácalo.

—¿Pasa algo…?

—No. Sácalo.

Piotor Mergulev sacó el maletín, cerró el compartimiento, y fue a depositar la llave en el compartimiento de devoluciones. Alrededor de Marietta y Piotor, los Simones seguían vigilando. Nada. Todo tranquilo, todo normal…

Dentro del muy sensible y especialmente perceptivo estómago de la espía americana reinaba la agitación, la tensión que anunciaban siempre los malos momentos. Siempre.

Era como un órgano sensorial más, un órgano de percepción más.

—Volvamos al coche —murmuró Marietta.

Piotor la miró, titubeó, y echó a andar. Marietta supo que él había estado a punto de pedirle que le dejase marchar, que ya no quería saber nada más con aquel juego. Pero indudablemente Piotor Mergulev era listo, lo suficiente para saber que la espía americana y sus compañeros no le dejarían marchar tan fácilmente.

Salieron de la estación, y cada cual se dirigió a su coche. Piotor rodeó el coche por delante, en busca del asiento del conductor. Los tres Simones estaban ya muy cerca de su coche, siempre atentos. Marietta abrió la portezuela de su lado…, y entonces miró hacia el asiento de atrás.

Lo vio allí, encogido entre el asiento de atrás y el respaldo del asiento de Piotor, que se había sentado sin enterarse de nada.

Allá estaba. El hombrecillo macilento. Helmut Grubber, el agente alemán. Apuntándola con una potente pistola dotada de silenciador.

—Entre, pronto —dijo Grubber, en inglés.

Piotor respingó, se volvió velozmente, abrió la boca… Marietta, que se había inclinado para entrar en el coche, dijo rápidamente:

—No digas nada, no hagas gestos extraños, Piotor. Simplemente, conduce.

—Haz caso de la señorita —dijo Grubber, en ruso—. Y usted,

páseme ese maletín. Sin brusquedades. Esto es. Muy amable. Supongo que puede comunicarse con sus compañeros de la CIA.

—Desde luego.

—Hágalo. Dígales que no sigan este coche, que se vuelvan al balneario, o que se queden en Niza… Lo que usted prefiera. Pero convénzalos si en algo los estima, porque si se disponen a seguirnos unos amigos míos los harán trizas con un bozooka con el cual les están apuntando, me crea o no.

—Desde luego que le creo —asintió Marietta, pulsando la llamada de la radio—… ¿Simón?

—Sí, diga —se oyó a Contacto.

—Ustedes han terminado. Regresen a casa.

Hubo unos segundos de estupefacto silencio antes de que volviera a oírse la voz del agente de la CIA.

—¿Que volvamos a casa? ¿Dejándola a usted aquí en una situación que…?

—Le he dicho que vuelvan a casa. Es todo.

De nuevo unos segundos de silencio; luego, la voz de Contacto, seca:

—De acuerdo, usted manda.

—Exactamente. Adiós.

—Adiós.

Marietta cerró la radio. Piotor Mergulev arrancó. El coche de los Simones quedó atrás.

—Usted va armada —dijo Grubber—: páseme esa arma. Con cuidado.

—Déjese de truculencias y amenazas —dijo fríamente Marietta.

Echó su pistola al asiento de atrás, en el cual se acomodó bien el menudo personaje.

—Es usted una chica muy inteligente —elogió—… Supongo que es una de las mejores agentes de la CIA.

Marietta von Krupp frunció el ceño. ¿Una de las mejores agentes de la CIA? ¿Era tonto aquel hombrecillo? ¿Ni se le ocurría que estaba tratando nada más y nada menos que con Baby?

—Usted tampoco lo hace mal —dijo—. ¿Cómo ha podido encontrarnos, cómo supo que veníamos a la estación de Saint Charles?

—No lo sabía. Simplemente, he estado siguiendo el coche de sus

amigos. Yo sabía que ellos eran de la CIA, y que, en última instancia, siempre me resultaría conveniente saber dónde estaban. De modo que les coloqué en el coche un emisor de señales, y los he estado siguiendo desde Beaulieusur-Mer. Muy sencillo.

—Sí. Siempre he dicho que los viejos métodos siguen funcionando satisfactoriamente, *Herr* Grubber.

—No me llamo así —rió el hombrecillo—… Ni soy alemán, por supuesto.

—¿Qué me dice? ¡Vaya una sorpresa!

La ironía de la espía americana era evidente. Grubber rió.

—Cuando llegues al Boulevard Gambetta, gira a la derecha —dijo hablando de nuevo en ruso, evidentemente dirigiéndose a Piotor—… Y sigue por ahí siempre sin abandonar la avenida: nos vamos al campo.

Marietta miró por el retrovisor exterior. No les seguía ningún coche, al parecer. Pero sin duda, un veterano como Grubber disponía de una buena cantidad de recursos y trucos. No valía la pena complicar las cosas antes de saber qué tramaba exactamente Helmut Grubber…, o como quiera que se llamase. ¿Iván, tal vez? Boris, o Mihail… Cualquier nombre servía.

El Boulevard Gambetta se convirtió en Boulevard de Cessole. Los edificios más o menos altos y compactos comenzaron a escasear. Aparecían más casas aisladas, muchas con jardín. El tráfico era muy discreto. De cuando en cuando las amarillentas luces de los coches que se cruzaban con ellos inundaban el interior del vehículo.

—¿Cómo se abre este maletín? —preguntó de pronto Grubber.

—Será mejor que no lo intente sin la llave, o quedaríamos todos achicharrados —dijo Marietta.

—Ya. ¿Y quién tiene la llave?

—Yo.

—¿Sería tan amable de entregármela?

—Podemos hacer un trato.

Un silencio de desconcierto, quizá de incredulidad par parte de Helmut Grubber.

—¿Un trato? ¿En qué sentido?

—Dígame si me equívoco: ¿no es cierto que usted quiere que esos documentos sean destruidos?

—¿Destruidos? —Exclamó Grubber—. ¡Qué estupidez! Me

parece que no es usted tan lista como me había parecido.

Marietta von Krupp frunció el ceño.

—Pues si no piensa destruirlos… ¿qué piensa hacer con ellos?

—Alguna cosa encontraremos que se pueda hacer con ellos contra Rusia.

—¿Contra Rusia? ¿Acaso va a decirme que usted no es ruso?

—Decididamente, no es usted tan lista —rió acremente Helmut Grubber—: soy polaco, jovencita… ¡Sigue conduciendo! —amenazó, al captar el gesto de sobresalto de Andrei Kolnov.

Pero Marietta no se había sobresaltado, ni se había inmutado en absoluto.

—¿Polaco? —murmuró—. Pues yo habría jurado que es usted ruso.

—¿Y eso por qué?

—Usted habla el ruso como un ruso.

—Ah, de modo que usted entiende el idioma ruso… Ya. Y cree entenderlo tan bien que se permite incluso alardear de la capacidad suficiente para diferenciar a un ruso de alguien que, simplemente, hable el ruso. ¿Realmente se considera capacitada para identificar a un verdadero ruso sólo oyéndole hablar?

—Hasta ahora no he fallado jamás —replicó fríamente Marietta—, pero soy de los que admiten que siempre se puede cometer un error por primera vez, que todos podemos equivocarnos. De modo que si usted dice que no es ruso, sino que es polaco, pues muy bien, acepto que es polaco.

—Y por tanto, las cosas cambian, ¿no es así? —ironizó Grubber.

—Bastante —admitió Marietta—. Pero en definitiva sólo se trata de saber qué clase de espía es usted, si de los que procuran evitar complicaciones en un mundo ya más que suficientemente complicado y desequilibrado, o de los que todavía desean echarle más leña al fuego para que el mundo acabe por arder por los cuatro costados.

—No me venga con sermones —gruñó Grubber—: yo he conseguido algo que es importante, y quiero que sea examinado por determinados personajes de Polonia. Si ellos deciden luego destruirlo, como usted parece desear, que lo destruyan, ya no será cuenta mía. Mi trabajo consiste en llevarlos a Polonia, y eso haré.

—Puedo garantizarle que con ello sólo va a conseguir

complicarle la vida al mundo, *herr* Grubber. Escuche, usted es una persona ya considerablemente mayor, ha vivido mucho, considerando que su profesión es la más peligrosa que se pueda buscar… ¿Para qué complicarse más la vida y complicársela al mundo si esos documentos fuesen hechos públicos por sus jefes de Polonia? Destruyámoslos, usted se presenta en Polonia diciendo que los documentos se incendiaron dentro del maletín, lo que no sorprenderá a nadie, y usted se retira definitivamente… con unos cuantos millones de dólares en una cuenta corriente en Suiza, o donde usted decida.

—¿Y quién iba a darme esa fortuna? ¿La CIA?

—No, eso no —casi rió Marietta—… La CIA se va a enfadar conmigo si destruimos esos documentos, pero yo quiero hacerlo. El dinero se lo daría yo personalmente. ¿Le parece suficiente diez millones de dólares?

—¿Pretende burlarse de mí? —Se irritó Helmut Grubber.

—No, en absoluto. Puedo darle el dinero a su satisfacción, donde usted quiera y cuando usted quiera y en la moneda que prefiera.

Helmut Grubber quedó silencioso unos segundos. De repente, dijo:

—Gira ahora a la izquierda, por el camino de tierra que verás enseguida y sigue hasta llegar al pequeño chalé, Guriov.

Andrei Kolnov hizo un gesto de resignación, y continuó conduciendo.

Capítulo VII

El coche se detuvo frente a una pequeña construcción que se distinguía suficientemente a la luz de la luna.

No parecía que hubiera nadie en ella, pues todas las luces permanecían apagadas.

—Salgan del coche —dijo Grubber—. Con cuidado.

Marietta se volvió en el asiento…, y se encontró ante los ojos la boca de fuego del silenciador acoplado a la pistola del hombrecillo.

—Si se trata de que quiere más de diez millones, puedo darle más —dijo desdeñosamente—, pero me pregunto para qué quiere usted más de diez millones. Por mucho que viva no conseguirá gastarlos.

—Usted no es más que una americana liosa —dijo Grubber, evidentemente enfadado—… Nadie va por ahí regalando millones de dólares.

—Yo sí. No siempre, sólo cuando es necesario. ¿Usted sabe de qué tratan los documentos que contiene ese maletín, *herr* Grubber?

—No.

—Pues puede sentirse feliz por ello. Créame, no es nada que sirva para nada positivo a nadie, son esa clase de documentos que sólo merecen ser echados al fuego cuanto antes.

—Entonces… ¿por qué los americanos querían comprárselos a Guriov?

—Tiene usted razón —se armó de paciencia Marietta—, pero mire, también mucha gente compra droga para ingerirla, y todos sabemos que la droga es perjudicial, ¿no es cierto?

—¡Usted es una charlatana de mucho cuidado! —exclamó Grubber.

—Es verdad —admitió Marietta, sonriendo—, pero mi intención es buena siempre. Buena para todos, no sólo para mí y los míos aunque perjudique a otras personas. Anhelo la concordia y la

justicia. Y si usted lleva esos documentos a Polonia la concordia mundial que ahora está en una prometedora fase se vería muy perjudicada. Vamos, *herr* Grubber, son diez millones de dólares y la…

Todo sucedió al mismo tiempo.

Apareció de repente la figura humana, como brotando del suelo junto al coche en el lado del conductor, y de su mano brotó el fogonazo. Se oyó el apagado «plop» del disparo efectuado con silenciador. El resplandor del fogonazo permitió ver el rostro de Helmut Grubber, en un tono anaranjado, en el momento en que recibía de lleno en el ojo derecho la bala disparada por el inesperado personaje. Marietta lanzó una exclamación de sobresalto y asco al recibir en el rostro vuelto hacia Grubber las salpicaduras del reventado ojo de éste. Andrei gritó. Ninguno de los dos pudo hacer nada más, porque se oyó enseguida la ruda voz varonil, en ruso.

—Quietos los dos. Pongan las manos sobre la cabeza y…

—Es usted —jadeó Andrei—… ¡El maletín…! Plop, disparó de nuevo el recién aparecido.

Esta vez Andrei Kolnov ni siquiera pudo gritar. Recibió el balazo en la sien izquierda, y la violencia del impacto lo hizo girar hacia su derecha y desplazarse, para caer de lado hacia Marietta, dejando en el aire salpicaduras de sangre.

La pistola apuntó inmediatamente a Marietta von Krupp, que permaneció inmóvil talmente como si fuera una estatua. Sólo sus ojos se volvían hacia su derecha, procurando ver lo mejor posible al implacable asesino. No podía verlo demasiado bien, pero sí lo suficiente cara distinguir su barba, sus grandes gafas de oscuros cristales; el cuello subido del gabán…

—Ya me ha oído —dijo ahora el hombre en inglés—: ponga las manos sobre la cabeza.

—No hace falta que me amenace, Alexander Guriov —murmuró Marietta—: soy norteamericana, así que podemos conversar sobre el trato que usted quería hacer con nosotros… Quiero decir, con la CIA.

—La CIA, ¿eh? —Gruñó el otro, sin dejar de apuntarla, inclinado en el hueco de la ventanilla—. ¡Vaya una pandilla de inútiles! ¿Cómo han consentido que todo el balneario se llenara de agentes

enemigos?

—La culpa no es nuestra. En todo caso, sería de usted, que no supo conservar suficientemente en secreto sus intenciones. O de alguien de Rusia, que pudo prever lo que usted iba a hacer, y pensó que si otros servicios de espionaje lo sabían tenían más posibilidades de que el trato con la CIA no se cerrase, y por tanto, que los documentos jamás llegasen a manos del presidente Reagan.

—Ya veo que está usted muy bien enterada de todo.

—Lo suficiente. Y finalmente hemos hecho contacto, así que vamos a estudiar el mejor modo de arreglar la situación. ¿Qué es lo que espera usted obtener exactamente con esa operación? ¿Dinero? ¿Vivir en Estados Unidos?

—En estos momentos, vivir en Estados Unidos ha dejado de interesarme, pues es donde primero me buscarían mis compañeros de la KGB, y usted sabe que terminarían por encontrarme. En cuanto al asunto dinero, no sé por qué tengo la impresión de que puedo conseguir el suficiente en otro lugar.

—¿Quiere decir que cancela su compromiso con nosotros?

—¿Compromiso? —exclamó Alexander Guriov—. ¿Yo con la CIA? Escuche, se inició un trato indirectamente por mi parte, e indirectamente me llegó la noticia de que se aceptaba en principio y se me citaba en el balneario. Pero después de eso la CIA no ha hecho más que cometer errores.

Por ejemplo, si yo no me hubiese encargado de Strogof él me habría descubierto rápidamente. El querido Vladimir no era precisamente un tonto.

—De modo que lo mató usted.

—Tuve que hacerlo. Me conocía, era inteligente y peligroso, y yo no suelo conceder oportunidades a quien puede perjudicarme.

—¿Debo creer que ese pobre anciano, Helmut Grubber, o el desdichado pianista Piotor Mergulev, le parecían a usted… enemigos temibles?

—La verdad es que no —rió Guriov—, pero el viejo polaco era demasiado tenaz, y el tonto de Mergulev ya no me resultaba útil para nada.

—Ya —dijo gélidamente la espía americana—. Y por esa línea de procedimiento, sería absurdo suponer que a mí me va a permitir seguir viviendo.

—Puede estar cierta de que va a continuar con vida…, por el momento. Porque usted es la agente Baby, ¿no es cierto?

—Sí.

—Al lugar a donde me dirigiré será usted… calurosamente recibida. Y eso me granjeará simpatías suplementarias.

—¿China? ¿De modo que ahora piensa negociar con China?

—Es usted muy lista, ¿verdad? Tanto mejor. Ahora, si no hace lo que le digo, le meteré una bala en los sesos: ponga las manos sobre la cabeza, salga del coche, y…

—Sí pongo las manos sobre la cabeza no podré abrir la portezuela.

—No presuma de lista conmigo —gruñó Alexander Guriov—. Yo abriré la portezuela.

Marietta puso las manos sobre la cabeza. Notaba contra su cuerpo la presión del cuerpo de Piotor Mergulev, ya cadáver. Pudo mirar su rostro, crispado, y vio sus ojos muy abiertos. Alexander Guriov se había separado de la ventanilla, y caminaba ahora hacia el morro del coche, que comenzó a rodear, sin dejar de apuntar con la pistola hacia Marietta, cristal parabrisas de por medio; y los dos sabían que si disparaba la bala atravesaría el cristal y alcanzaría a la espía americana…

Justo en el momento en que Alexander Guriov pasaba por delante de la rueda delantera derecha del coche, es decir, cuando el bastidor de sujeción de los cristales del parabrisas y de la portezuela derecha se interponía entre el implacable Guriov y Marietta von Krupp, ésta empujó a Piotor Mergulev apartándole de ella, y pasó velozmente por encima de él, abalanzándose por el hueco de la ventanilla, cuyo cristal estaba bajado…

El cristal parabrisas reventó, Marietta distinguió el fogonazo del disparo, y detrás de ella, en alguna parte, oyó el impacto de la bala mientras ella salía como catapultada fuera del coche y rodaba por el suelo. Oyó la exclamación de rabia de Alexander Guriov, y comprendiendo que él iba a regresar a aquella posición, se desplazó velozmente hacia la parte de atrás del coche.

En el momento en que alcanzaba este punto de protección, oía la nueva exclamación rabiosa de Guriov junto a la ventanilla. Marietta se desplazó de nuevo velozmente, ahora hacia la parte derecha del coche, oyendo al otro lado el jadeo furioso del ruso. Alcanzó la

parte delantera, se inclinó…, y la bala disparada por Guriov crujió sonora y siniestramente por encima de su cabeza al perforar el aire combustionándolo.

Marietta von Krupp se jugó el todo por el todo: echó a correr hacia la casa tras desprenderse rápidamente de sus zapatos de tacón alto, y encogiéndose al oír tras ella una nueva maldición por parte del ruso efectuó un velocísimo zigzag desconcertante, alcanzó la esquina de la casa, giró, y la casa quedó interpuesta entre ella y Alexander Guriov…, mientras dos balas más crujían en el silencio de la noche buscando el cuerpo de la espía americana.

A lo lejos se distinguía el resplandor de las luces de Niza. Silencio.

Marietta miró hacia atrás, divisó los pinos, y no dudó ni un instante en correr hacia ellos. Lo hizo justo a tiempo, pues apenas había alcanzado su protección, apareció Guriov corriendo por la esquina de la casa. El ruso se detuvo en seco al no ver a nadie allí. Su mirada se desplazó hacia el grupo de pinos. Marietta permaneció absolutamente inmóvil detrás de uno de ellos, observando al ruso con el ojo derecho, que se desplazaba fuera del obstáculo que significaba el tronco del pino.

Alexander Guriov apuntaba su pistola hacia el bosquecillo de pinos, pero no disparaba. Tampoco parecía tener intención de perseguir a la espía, que se atrevió a adivinar los pensamientos del ruso: éste pensaba que la presa que perseguía era nada más y nada menos que la agente Baby de la CIA, y ello le hacía recapacitar muy seriamente sobre la conveniencia de perseguirla en aquellas condiciones. Alexander Guriov era inteligente: si nadie había vencido jamás a Baby… ¿por qué arriesgarse a ser él otro más de los que pagaban el fracaso con la vida? Tenía a su alcance el coche y el maletín con los documentos. Sólo tenía que volver allá, echar fuera del vehículo los cadáveres de los desdichados Grubber y Mergulev, y marcharse con el coche. ¿Por qué complicarse la vida?

Alexander Guriov bajó lentamente la pistola que apuntaba hacia la oscuridad del bosquecillo. Luego, dio la vuelta y desapareció. Segundos después, Marietta von Krupp oía el rumor del automóvil alejándose.

* * *

—Es decir, que Alexander Guriov se salió con la suya —murmuró Yuri Kavarian, el gordo soviético invitado en el yate—: recuperó los documentos, y escapó, y sin duda en estos momentos está en China.

—Así debemos suponerlo —murmuró Marietta von Krupp.

Quedaron todos silenciosos. El yate seguía navegando. Marietta había llegado a él en helicóptero hacía apenas una hora, acompañada de Simón-Contacto, Simón I y Simón II, cuyo malhumor era más que evidente. Los demás agentes de la CIA, es decir, los encargados de proteger a la divina espía mientras permaneciese a bordo, estaban también silenciosos y sombríos. La tarde era hermosa, soleada. El cielo y el mar parecían pintados de bello, idílico azul. Navegaban a más de cincuenta millas de la costa sur francesa.

El barbudo Igor Utchenko rompió el silencio por fin:

—Era de temer algo así, tratándose de Alexander Guriov, pero la verdad es que jamás pensamos que él pudiera vencerla a usted.

—Son cosas del espionaje —dijo suavemente Marietta.

—Sí, ya lo comprendemos… Ahora sólo nos queda por saber qué uso hará China de esa documentación. Con tal de fastidiarnos a los rusos son capaces de cualquier cosa…, incluso de enviar una copia de los documentos al señor Reagan.

—En efecto, son capaces de eso —asintió la rubia Marietta von Krupp—. Sin embargo, no todo se ha perdido todavía.

—¿Cómo que no? —Se sorprendió el calvo Nobolenko—. Perdone, no pretendo molestarla, pero yo diría que acabamos de sufrir un tremendo fracaso que…

—¿Fracaso? ¿Qué fracaso?

—¿Qué fracaso? —Se pasmó Nobolenko—. Bueno, usted misma acaba de explicarnos que Guriov estuvo a punto de matarla, y que se fue con los documentos, tras matar a ese Grubber y a Mergulev… Quizá no he debido emplear la palabra fracaso, y le aseguro que no lo he hecho para molestarla, insisto, pero… ¿de qué otro modo podemos definir lo que ha sucedido? Si no es un fracaso…

—Camarada Nobolenko —dijo amablemente Marietta—: yo nunca fracaso. Los rusos contemplaban estupefactos a Marietta. Los agentes de la CIA comenzaban a cambiar la expresión de sus miradas. Todavía vagamente intuían que la agente Baby sería quien, una vez más, diría la última palabra sobre el asunto.

Así venía sucediendo hacía mucho, mucho tiempo… De pronto, Simón-Contacto sonrió.

—Demonios, era de esperar… ¡Dígalo de una vez!

—¿El qué? —Le miró simpáticamente Marietta.

—¡Lo que sea! —exclamó Simón I—. ¿Cuál ha sido su jugada? ¡La de usted, no la de los demás participantes en el juego!

—¿Ven ustedes? —Dijo festivamente Marietta, mirando a los tres desconcertados rusos—: mis muchachos me conocen muy bien. Es claro, al principio se han dejado impresionar por las apariencias, pero han bastado unas insinuaciones mías para que comprendiesen que yo nunca pierdo.

—Pero… ¿de qué está usted hablando? —masculló Utchenko.

—¿Ustedes no han oído hablar de LA LÓGICA?

—Claro que sí; la lógica es la ciencia de las leyes sobre las que descansa la verdad de nuestros conocimientos —farfulló Nobolenko.

—Admirable exposición, pero voy a simplificarla: la lógica nos hace ver y distinguir lo que tiene sentido de lo que no tiene sentido. Es decir, que lo que tiene sentido tiene lógica, y por tanto podemos creerlo. Lo que no tiene sentido carece de lógica, y por tanto, debemos desconfiar de su veracidad. ¿Están da acuerdo?

—Por supuesto.

—Entonces, díganme: ¿dónde está LA LÓGICA del comportamiento de Alexander Guriov? Fíjense bien: ese hombre siempre ha odiado de modo especial a los norteamericanos, y, sin embargo, cuando se decide a cometer una traición contra Rusia, pretende pasarse a la CIA. ¿Les parece que esto tiene lógica? Esperen un momento, antes de que contesten quiero darles más datos… Alexander Guriov me hizo comprender a mí que, fallado el asunto en su intento de pasarse a los norteamericanos, se iba a entender con China. Y yo me pregunto: ¿por qué si siempre ha odiado a los norteamericanos nos ofreció los documentos y su… formidable información personal en lugar de ofrecérsela a China… directamente, sin recurrir para nada a la CIA ni a los americanos? Luego, hay otra cosa: Alexander Guriov SABE que la agente Baby le habría matado en cualquier sitio que le hallara, y que, ciertamente, esas intenciones mías persistirán para el futuro. Sin embargo, no me mató. Y debió hacerlo, él debió matarme INMEDIATAMENTE de tenerme a tiro. No lo hizo, y eso no tiene lógica, como no la tiene lo

anterior.

—¿Adónde quiere ir usted a parar? —murmuró Kavarian.

—A esto: el hombre que se llevó el maletín con los documentos no es Alexander Guriov.

—¿Qué? —jadeó Utchenko.

—Otros detalles carentes de lógica: Guriov, ciertamente, es un asesino pero no es un cobarde ni un tonto, sino todo un profesional del espionaje, de la vida y de la muerte. Tal vez sí podamos admitir que, como medida de seguridad, él matase a Vladimir Strogof, otro buen agente ruso que podía detectarlo y cazarlo, pero… ¿qué pintaban en todo esto dos desdichados como Helmut Grubber y Piotor Mergulev, ambos pacíficos ciudadanos rusos…?

—¡Usted ha dicho que Grubber era polaco! —saltó Nobolenko.

—No, no era polaco. Conozco muy bien a los rusos. Helmut Grubber era ruso, igual que el infeliz Piotor Mergulev. ¿Realmente podemos admitir que dos personajes de tan escasa relevancia en una vida como la nuestra podían resultar de alguna utilidad a Alexander Guriov…?

—¡Espere un momento! —saltó Utchenko—. ¿Cómo había de resultarle útil Grubber a Guriov si Grubber era enemigo suyo?

—No era enemigo suyo. Tanto Grubber como Mergulev trabajaban bajo la dirección, por cierto no demasiado esmerada, del falso Alexander Guriov. Éste los contrató a ambos en Rusia, les impuso en todo su cometido, y los envió al balneario Le Soleil, todo muy bien preparado. Tan bien preparado como los falsos ataques de que fuimos objeto mis Simones y yo. En realidad, todos eran miembros del mismo equipo, dirigido por ese falso Alexander Guriov, el cual, a medida que los personajes a los que había aleccionado y utilizado iban cumpliendo su cometido, los iba eliminando. De este modo, eliminó a los que simularon los dos ataques en la carretera hacia Niza, y luego a Grubber, y a Mergulev. Finalmente, él quedó como único superviviente de todo el grupo de comediantes, y desapareció con los documentos…, dejando atrás una testigo de cuyo testimonio nadie habría de dudar…, ni siquiera los rusos: la agente Baby de la CIA. Es decir, que cuando los chinos envíen al presidente Reagan esa documentación todos en Rusia sabrán que el traidor ha sido Alexander Guriov.

—¿Y no ha sido él? —inquirió Simón-Contacto.

—No.

—¿Cómo que no? —jadeó Utchenko, sudando—. Ese hombre asesinó en Rusia a los políticos Nikita Senimef y Ciril Nikov, los cuales, bajo nuestro asesoramiento, habían ayudado al camarada Gorbachov a preparar la… pequeña trampa que…

—Alexander Guriov no asesinó a Senimef y Nikov. Antes de venir aquí logré ponerme en contacto con un amigo mío residente en Moscú, y él me facilitó la información que le pedí, es decir, cómo habían muerto Senimef y Nikov. ¿Y saben cómo murieron?: acribillados a balazos.

—Exacto —saltó Nobolenko—. ¡Ya le dijimos que Guriov…!

—No fue Guriov quien hizo eso. Alexander Guriov no tiene ninguna necesidad de acribillar a nadie para quitarlo de en medio. Él y yo, y otros como nosotros, tenemos mejor puntería y mejor temple que otras personas que se dedican a disparar brutalmente cuanto más mejor para asegurar el blanco; nosotros disparamos una vez y acertamos en el blanco: Y fíjense cómo han ido muriendo las víctimas de este asunto: Senimef y Nikov, acribillados, Vladimir Strogof, de dos balazos. Y solamente Mergulev y Grubber, que se hallaban a menos de un metro de ese falso Alexander Guriov murieron de un solo balazo… No, todo esto no lo ha hecho Alexander Guriov.

—Pero entonces… ¿quién lo ha hecho?

—Un asesino profesional a quien se le encargó todo el asunto. Un asesino de nacionalidad rusa que posiblemente ha sido también mercenario, terrorista, agitador…, todo eso. Ese hombre lo hizo todo, Guriov no hizo nada. ¿Y saben por qué Alexander Guriov no ha hecho nada de todo eso?

—¿Por qué?

—Porque está muerto. ¿Verdad, camaradas?

Igor Utchenko, Yuri Kavarian y Sergei Nobolenko, estaban lívidos, contemplando con expresión desencajada y ojos desorbitados a Marietta von Krupp. Los agentes de la CIA, a su pesar, no podían ocultar su asombro.

—¿Muertos? —susurró Simón I—. ¿Dónde murió, cómo…, quién lo mató?

—Lo mataron nuestros invitados —señaló Marietta a los tres petrificados rusos—, porque Alexander Guriov podía ser todo lo

implacable e incluso asesino que queramos, pero era un gran agente secreto. Él descubrió que nuestros tres invitados estaban tramando algo, y fue a informar a Nikita Senimef y Ciril Nikov, que pertenecían secretamente al servicio de asesoría técnica de la KGB. Nuestros tres invitados se enteraron a tiempo, tendieron una trampa a Guriov y a Senimef y Nikov, y los asesinaron a los tres. Entonces, escondieron el cadáver de Alexander Guriov, y dijeron que él había asesinado a Nikov y Senimef y se había llevado unos documentos altamente comprometedores en los que Senimef y Nikov habían estado trabajando por orden del camarada Gorbachov, según les habían explicado Nikov y Senimef a Utchenko, Nobolenko y Kavarian cuando fueron a pedirles ayuda para la redacción de esos documentos. Documentos en los que el señor Gorbachov jamás intervino. Ni tampoco los diplomáticos Senimef y Nikov. Documentos falsos, pero que de ese modo se lanzaban al mercado del espionaje para que llegaran a China finalmente, para que los chinos los hicieran públicos y, pese a las protestas del camarada Gorbachov, todas las conversaciones de buen entendimiento entre Rusia y Estados Unidos quedasen paralizadas…, quizá por un año, quizá por dos años. Y eso era lo que pretendían nuestros invitados, ¿verdad, camaradas? Como en todas partes, también en Rusia hay traidores a la patria y al mundo que sólo miran por sus intereses personales y los de su grupo de miserables aprovechados de la Humanidad, y ese grupo al que pertenecen los señores Kavarian, Nobolenko y Utchenko, no querían que Rusia y Estados Unidos, y, en fin, el mundo, progrese en busca de la paz. Entonces, la gran idea: aprovechar la intervención de Alexander Guriov para tramar un plan que diese total verosimilitud a esos falsos documentos: un plan en el que intervenía la agente Baby de la CIA, de la que nadie en el mundo desconfiaría. ¿No es así, camaradas?

Los tres rusos parecían, simplemente, estatuas de cera. De repente, Utchenko gritó:

—¡Os dije que no saldría bien, que era demasiado elaborado, demasiado arriesgado…! ¡Y que no se podía jugar con la espía americana!

—No se preocupen —sonrió fría y siniestramente Marietta von Krupp—… Todavía tienen una posibilidad de llegar a un acuerdo conmigo.

Este es el final

Se llamaba Viktor Demenov, tenía treinta y ocho años, era alto, fuerte, atractivo, inteligente e implacable. Había representado a la perfección el papel del espía Alexander Guriov, y, como en otros trabajos, se sentía altamente satisfecho de ello. Ahora, cuarenta y ocho horas después de lo sucedido en Niza y el balneario Le Soleil, estaba a punto de llegar a París en tren. Aquí, en París, se entrevistaría con los hombres del Lien Lo Pou que le habían dicho que se harían cargo del maletín con los documentos. Luego, él sólo tenía que esperar dos días más en el hotel George V, cobrar el dinero que alguien depositaría allí para él en un paquete, y… ¡a vivir otra temporada como un rey, hasta que le saliera otro trabajo interesante y bien pagado!

Cuando sonó la llamada a la puerta del compartimiento que ocupaba en el tren, Viktor Demenov simplemente abrió, sin preocupación ni temor alguno. Se quedó mirando sorprendido y fascinado a la preciosa muchacha china que le sonrió amistosamente.

—¿Señor Demenov? —Habló ella en ruso—. ¿Es usted Viktor Demenov? Le traigo un recado urgente.

Viktor se apartó, y la muchacha entró. No le gustaban los imprevistos, pero a veces ocurrían, y había que aceptarlos. Cerró la puerta y miró de nuevo a la chinita, que le sonrió de nuevo y dijo:

—Volvemos a encontrarnos, Alexander Guriov.

El ruso palideció, porque la voz ya no era la misma en la mujer. Hizo un gesto, y la mano derecha de ella apareció armada con una pequeña pistola que apuntó a la frente del aventurero asesino.

—Mueve sólo una pestaña —dijo ella—, y te mato.

—¿Cómo ha podido encontrarme? —jadeó él.

—Tus tres jefes hicieron un trato conmigo: si me decían dónde y cómo podía encontrarte antes de que entregases los documentos de

la discordia a los chinos, yo, simplemente, los ejecutaría. Si no me lo decían, los entregaría vivos a la KGB. Ellos prefirieron lo menos malo, de modo que me dijeron dónde y cómo encontrarte. Supongo que llevas el maletín en tu maleta.

—Sí —sonrió Demenov—, pero si alguien que no sea yo toca esa maleta…

—Oh, no te preocupes por eso: tengo compañeros en la CIA que son capaces de desactivar incluso un reactor nuclear. Cuando yo salga de este compartimiento, ellos entrarán a recoger tu equipaje. Todo está bajo control.

—¿Incluso… mi destino?

—Por supuesto —dijo la encantadora chinita. Plof, disparó.

La bala se hundió en el centro de la frente del asesino, y se alojó en su cerebro, matándolo en el acto y sin dolor alguno.

Y es que ya se sabe: a veces se muere de maravilla.

FIN

Notas

[1] La BND es la sigla con que se conoce la BUNDESNACHRICHTENDIEST, es decir, la Agencia Federal de Información de Alemania Oriental. La HI es su sección más operacional y activa, como el Grupo de Acción en la CIA. <<